EL TEATRO
MODERNO

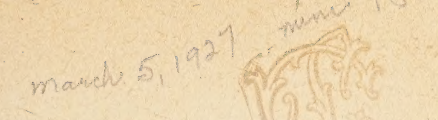
JOAQUÍN DICENTA (HIJO)

SON MIS AMORES REALES



bra premiada por la Real Academia Española

50 CÉNTIMOS





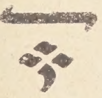
Joaquin Dicenta (hijo)

SON MIS AMORES REALES

DRAMA EN CUATRO ACTOS
Y UN EPILOGO, EN VERSO

Obra premiada por la Real Academia Española

Estrenado en el Teatro del Centro,
de Madrid,
el 28 de abril de 1925.





REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Doña Isabel de Borbón...	*Carmen Seco.*
Doña Francisca Tabora	*Carolina Fernangómez.*
Doña Leonor Pimentel...	*Guadalupe Mendizábal.*
La infanta Doña María...	*Elena González.*
Doña María de Guzmán...	*Julia Tejera.*
Doña María de Aragón...	*Concha Ordóñez.*
Doña Isabel de Aragón...	*Victoria Rivera.*
Doña Antonia de Acuña	*Carmen Celes.*
Inés...	*Cecilia Reina-Barrios.*
Don Juan de Tassis Peralta... ...	*José Romeu.*
El Rey Felipe IV...	*Rafael Nieto.*
Don Melchor Gaspar de Guzmán.	*Francisco Ros.*
Don Luis de Góngora...	*Luis Reig.*
Miguel Soplillo...	*Arturo La Riva.*
Don Luis de Haro...	*Félix Dafauce.*
Don Antonio de Mendoza...	*Félix Briones.*
Pedro Vergel...	*Pedro Rubio.*
Don Baltasar de Zúñiga...	*Manuel Chavarri.*
Fray Antonio de Sotomayor... ...	*Antonio P. Sáez.*
Diego...	*José Martínez.*
Don Francisco de Contreras... ...	*Juan A. Sol.*
El conde de Orgaz...	*Enrique Osete.*
Paje I...	*Celia Reina-Barrios.*
Paje II...	*Carmen Salvatierra.*

Damas, caballeros, pajes, alguaciles, hombres y mujeres del pueblo.

La acción en Madrid y en Aranjuez.—El drama comienza en abril de 1621 y termina el día 21 de agosto de 1622.

Las compañías de provincias deben tener en cuenta, para la mayor facilidad del reparto, que el conde de Orgaz, Don Francisco de Contreras y el Paje II son personajes que no hablan, y que los versos entrecomillados en el ejemplar pueden suprimirse en la representación.



ACTO PRIMERO

Pequeña cámara en el antiguo alcázar de Madrid, perteneciente a las habitaciones particulares de Doña Isabel de Borbón, reina de España. Severos los muebles y la decoración. A la izquierda, un pequeño oratorio. Los muros, enjalbegados, zócalo de madera o azulejos. Puertas de cuarterón a derecha e izquierda. Esteras de pleita. De las paredes cuelgan un retrato de Carlos V, otro de Felipe II y un cuadro representando a San Isidro, Patrón de Madrid. A la luz que entra por una ventana se hallan bordando la reina Doña Isabel y varias de sus damas de Corte, entre las que se encuentran Doña Francisca Tabora, Doña María de Aragón, Doña Isabel de Aragón, Doña Antonia de Acuña y Doña Leonor Pimentel, que tiene entre sus manos un libro, en el que lee mientras las demás escuchan en silencio.

LEONO. *(Leyendo.)*
—Y en defensa de su honor
dejó la silla de un salto...
ISABEL. Pasa el romance por alto,
Leonor...
LEONO. *(Leyendo, después de pasar varias hojas.)*
—La grandeza de una casa...
ISABEL. Ve si de amor es la historia.
LEONO. *(Continuando la lectura.)*
—Empresa brava y notoria
de un valiente...
ISABEL. Pasa, pasa...
¿Sólo de guerras y honor
nos habla ese romancero?
Pues que lo cierres prefiero
si, en ese libro de amor,
no hay canto, leyenda o trance.
FRANC. Buscadlo bien. *(A Leonor.)*
LEONO. *(Después de buscar.)*
Aquí está.
—No vuelve amor que se va—.
ISABEL. Oigamos ese romance.
LEONO. *(Leyendo.)*

Amor pasó por mi casa
y tristemente me dijo:
—Dame albergue, buena moza,
que fué largo mi camino—.
Yo le contesté, al mirar
lo pobre de su atavío:
—Sólo traspondrá mi puerta
el que ha de ser mi marido—.
El respondió: —Lo seré;
pero hazme en tu lecho sitio—.
Y yo vi sus pies descalzos
y le contesté al mendigo:
—Mancharías la blancura
de mis sábanas de lino—.
Volvió la espalda y, de lejos,
burlonamente, me dijo:
—Yo soy el Amor que esperas
ver llegar por el camino;
yo soy, mujer impiadosa,
el novio desconocido—.
—¡Vuelve a mi hogar—le grité—;
vuelve a mi hogar, peregrino!
¡Para ti guardo el calor
de los leños encendidos;
para ti el pan de mi mesa,
y la jarra de buen vino,
y la fruta de mi huerto
florecido,
y los besos de mis labios
y mis sábanas de lino...!—
—¡No vuelve Amor que se va
—sonriéndose, me dijo...
Y le perdí para siempre
y me quedé en el camino
por si después del Amor
diera en pasar el Olvido.

FRANC. Pues si la moza del cuento,
no conociendo al Amor,
vió trocadas en dolor
las flores de su contento,
tardará el Olvido tanto
en llegar hasta su puerta
que pueda ser que ella vierta,

mientras le aguarda, más llanto
que nunca hubiera vertido...
Juego es que al Amor divierte
el enviarnos la Muerte
sin mandarnos el Olvido.

ISABEL. Ni Lope pintar pudiera
mejor el Amor que pasa,
que Amor llama a nuestra casa
cuando menos se lo espera;
mucho dolor, además,
el bello romance tiene,
que el Olvido menos viene
cuando se le espera más.

FRANC. Siempre se queda el Dolor
allí donde Amor penetra...

MARIA. *(Por lo bordado.)*
He terminado esta letra.

ISABEL. Pues ve bordando la flor.
(Pausa. Bordan todas.)
¿No tuvisteis la fortuna,
que ha tres días no he tenido,
de ver al rey, mi marido?

ANTON. No le hemos visto ninguna.

ISABEL. Hace ya tiempo que juntos
no pasamos una hora.

I. ARAG. A su majestad, señora,
le ocupan graves asuntos.

ISABEL. Semanas en verle tardo...

FRANC. Negocios graves...

ISABEL. Comprendo.
El lunes, ¿qué estuvo haciendo?

FRANC. Mató gamos en El Pardo.

ISABEL. Le hace falta alguna vez
distraerse... Mas ¿qué tuvo
que hacer el martes?

FRANC. Estuvo
descansando en Aranjuez.

ISABEL. De primavera fué el día.

LEONO. Llevároule sus privados.

ISABEL. ¿Y el miércoles?

FRANC. Seis venados
mató en otra cacería.

ISABEL. ¿Y el jueves, nuestro señor,

en Aranjuez descansaba?...
LEONO. Fiesta de toros se daba
y fué a la plaza Mayor.
ISABEL. El viernes...
LEONO. Comedia nueva
dió Lope, y el rey quería
honrar como se debía
a quien tan en alto lleva
y en carrera tan triunfal
el teatro castellano,
y honró, desde muy temprano,
con su presencia el Corral.
ISABEL. Y el sábado, ¿qué hizo el rey?
¿Hubo nueva cacería?
¿Descansó acaso?
SOPLI. *(El bufón de la reina, que momentos antes ha aparecido en la izquierda sin que le viesen.)*
Ese día
dió cumplimiento a la ley
de la noche a la mañana,
firmando los centenares
de decretos que Olivares
hizo en toda la semana.
ISABEL. ¡Olivares...! *(Tristemente.)*
SOPLI. No hay más ley
que la suya en la nación.
Diversión tras diversión
dispone para su rey
y con festejos le engaña,
y el joven rey se divierte
y, distraído, no advierte
que otro gobierna en España.
El rey, imprudentemente,
le presta cetro y corona,
y así murmura la gente
que el rey es ya solamente...
el conde de Barcelona.
LEONO. ¡Miguel Soplillo!... *(Reconviniéndole.)*
ISABEL. En buen hora
llegas, bufón, si mesura
tienes al hablar.
SOPLI. Señora,
no existe una lengua ahora

—tanto la gente murmura—
más prudente que la mía.
Yo hacia el alcázar venía,
y en las losas de la plaza
a un pobre de mala traza
cierta vieja le decía:
—Por dondequiera que voy
los ducados son buscados,
que un duque tenemos hoy
que dice "¡Pues duque soy,
me quedo con los ducados!"—.
Reí de la sinrazón
y a saludarte llegaba,
cuando al cruzar un salón
de palacio, en un rincón
oí que alguien murmuraba:
—De Olivares por consejos,
advertencias y razones,
fué el rey a cazar conejos...,
y, mientras él está lejos,
caza Olivares doblones—.
Al oírlos contesté:
—Pues estáis equivocados
si ninguno sabéis que
si el rey a caza se fué
se fué a caza de venados.
Es el rey buen cazador
—dije, agitando mi sistro—.
Y uno añadió: —No, señor;
aquí, la caza mayor
se queda para el ministro—.

ISABEL. Habla, Miguel, con mesura.
Tu lengua, procaz y loca,
puede traerte amargura...
Si él sabe lo que murmura
continuamente tu boca,
¿piensas cómo acabarías?

SOPLI. Pues mañana muy temprano
llegar aquí me verías
a darte los buenos días
con la cabeza en la mano.
Olivares, orgulloso,
de ser el más poderoso

de todo el reino blasona,
que así lo quiere tu esposo
el conde de Barcelona.

ISABEL. Si estuviste, como espero,
en el Mentidero antes
de venir, que digas quiero
qué nuevas interesantes
corren por el Mentidero.

SOPLI. Para mi mala fortuna,
no sé noticia ninguna
que a ti interesarte pueda.
Siguen presos Lerma, Uceda,
Aliaga, el duque de Osuna...

LEONO. Vieja cosa.

SOPLI. ¿Tenéis gana
de nuevas? Pues ha llegado
a Madrid esta mañana
el ha tiempo desterrado
conde de Villamediana.
Ved si la noticia os place.

FRANC. *(Sin lograr contener su alegría.)*
¿Ha vuelto? ¿Dices verdad?

SOPLI. *(Con intención.)*
¿Miedo o amor que renace
hizo la pregunta?

FRANC. *(Turbada.)* La hace
sólo la curiosidad.

SOPLI. ¿Sabéis, pues abrió sus rosas
en vuestra cara el rubor,
que se cuentan por las Losas
escenas escandalosas
de un chusco lance de amor?

FRANC. ¿Qué dices?

SOPLI. En grave aprieto
a una dama cortesana
pone un gracioso soneto
de ese poeta indiscreto
que llaman Villamediana,
que estas palabras hallé
sobre los versos livianos:
A Doña...—el nombre olvidé—,
a quien las joyas quité
tras de ponerle las manos.

FRANC. *(A la reina.)*
Hacedle entrar en razón,
que tales murmuraciones
ofensas para mí son...
ISABEL. A palabras de bufones
¿quién va a prestar atención?
Basta ya. *(A Soplillo.)*
SOPLI. Lo que he contado
no encierra tan grave falta,
que es galán enamorado
y digno de ser amado
Don Juan de Tassis Peralta.
LEONO. Es muy gentil caballero.
MARIA. Maestro en cortesanía.
I. ARAG. Y es poeta.
ANTON. Y pendenciero.
SOPLI. Diz que maneja el acero
tan bien como la ironía.
Y por esto le da nada
echar, osado, a rodar,
reputación mal ganada,
que siempre sabe dejar
para responder, la espada.
Con los osados, osado.
ISABEL. Con los grandes, distinguido.
MARIA. Con los necios, enfatuado.
ANTON. Con los viles, deslenguado...
LEONO. Y con las damas, rendido.
SOPLI. Para él no hay cuenta empeñada,
que toda su cuenta suma,
exactamente ajustada,
con los puntos de la pluma
y la punta de la espada.
LEONO. Más dos años desterrado
por sus sátiras ha estado.
FRANC. Bien caro pagó su yerro.
SOPLI. No poca parte ha tomado
el amor en su destierro.
La gente murmuradora
afirma que el conde adora
a quien no puede amar él...
ISABEL. Calla.
FRANC. Dejadle.

SOPLI. Señora...
ISABEL. Dije que calles, Miguel.
SOPLI. Su amor es tan grave asunto
que otro destierro barrunto...
ISABEL. ¿No te callarás, bufón?
SOPLI. Reina mía...
ISABEL. En este punto
quede la conversación.
(Se pone en pie y las damas la imitan.)
El trabajo ha terminado.
Que recoja lo bordado,
a Inés, Francisca, dirás...
(Aparte a Soplillo.)
Miguel, lo que hoy has hablado
que no te lo oiga yo más.
(La reina Isabel, seguida de sus damas, sale por la izquierda. Solamente quedan en escena Francisca de Tabora y Miguel Soplillo; éste se acuesta sobre unos cojines, como apesadumbrado; Francisca se dirige a una mesa donde hay una campanilla de plata y la hace sonar.)
FRANC. Dices que Villamediana.
ama a quien no debe amar...
SOPLI. De algo habíamos de hablar
para que la soberana
entretuviese su tedio.
FRANC. ¿Mas lo que hablabas ahora?...
SOPLI. ¿Hablaba yo algo, señora?
Pues lo olvidé, sin remedio.
FRANC. La reina estaba turbada
cuando te mandó callar...
SOPLI. *(Aparte.)*
La lengua me han de cortar
si por mí sabes tú nada.
(En alta voz.)
No vi que se haya turbado.
FRANC. Muy prudente estás ahora,
Miguel Soplillo.
INES. *(Entrando por la derecha.)*
Señora...
FRAN. Ve recogiendo el bordado.
INES. A la reina con urgencia
Don Luis de Góngora quiere

ver y hablar.
FRANC. Dile que espere,
que para él pediré audiencia.
(Aparte a Soplillo.)
Miguel Soplillo, responde:
¿ama a otra mujer Don Juan?
SOPLI. Mostráis demasiado afán
por saber cosas del conde.
FRANC. Y tú, bufón, mucho empeño
pones en callar ahora.
SOPLI. Dejadme dormir, señora,
porque me caigo de sueño.
FRANC. Dí quién es esa mujer.
SOPLI. Que lo ignoro os aseguro.
FRAN. Duerme, bufón, que te juro
que lo tengo de saber.
(Desaparece por la izquierda. Hay una pausa. Inés recoge el bordado. Soplillo, que finge dormir, la observa. Después se levanta sigilosamente y, llegando junto a ella, le dice:)
SOPLI. Escúchame, Inés,
que pedirte quiero
algo que yo espero
que tú me lo des.
Te daré igual pago
cuando lo decidas...
INES. Según lo que pidas,
veré si lo hago.
SOPLI. Un beso.
INES. ¿Qué es eso?
SOPLI. ¿Ignoras lo que es?
Tampoco yo, Inés,
sé lo que es un beso.
INES. Pues por Dios que es grave
lo que nos sucede,
que hacerse no puede
lo que no se sabe.
SOPLI. No sé lo que son
ni importa explicarlos,
porque yo sé darlos
sin explicación. *(Sujetándola.)*
INES. ¡Suéltame, que grito!
¡No te atreverás!

SOPLI. O tú me lo das
o yo te lo quito.
INES. *(Escapando.)*
¡Aparta, por Dios,
bufón importuno!
SOPLI. Si no me das uno,
te daré yo dos.
INES. *(Corriendo por la estancia.)*
No pienses en eso.
SOPLI. ¡No corras! ¡Espera!
INES. ¡Adiós!
SOPLI. Considera
que yo con un beso
me doy por contento.
INES. ¡No tendrás ninguno!
SOPLI. Cuando pruebes uno
me pedirás ciento.
Insisto en rogarte
que el beso me des.
INES. ¡Calma tus excesos!
SOPLI. Ve que un beso es
el portaestandarte
de los muchos besos
que vendrán después.
(Intenta besarla al propio tiempo que entra la reina por la izquierda.)
INES. *(Asustada.)* ¡La reina!
ISABEL. Vete y avisa
que entre Don Luis cuando quiera.
(Inés sale por la derecha, muy avergonzada.)
¿Qué es esto, Miguel?
SOPLI. Belisa,
cosas de la primavera.
(Entra por la derecha Don Luis de Góngora y Argote, sacerdote de Dios y de las musas.)
ISABEL. *(A Soplillo.)*
Va a conseguir mi bufón
que mi paciencia se agote.
(Volviéndose y viendo a Góngora.)
Sea bienvenido Don
Luis de Góngora y Argote.
(Góngora avanza hasta la reina. Soplillo, después de cederle el paso, sale por la izquierda.

Hay una pausa. Isabel de Borbón, después de convencerse de que nadie los oye, se dirige a Don Luis, impaciente y confidencial.)

¿Le visteis?

GONGO. Le vi, señora.

ISABEL. ¿Le habéis hablado?

GONGO. Le hablé.

ISABEL. ¿Vuelve más prudente ahora?

GONGO. Igual que cuando se fué.

ISABEL. ¿Pero el vivir desterrado
su pasión no ha corregido?

GONGO. Ha vuelto más castigado
y menos arrepentido.

ISABEL. ¿Pero está loco?

GONGO. Está loco.

ISABEL. ¿Y qué habla de su amor?

GONGO. Nada.

ISABEL. ¿Y a vos os dijo...?

GONGO. Tampoco.

ISABEL. ¿Entonces?...

GONGO. A su llegada
a recibirle salí,
que le quiero como a un hijo,
y cuando a abrazarle fuí,
con gran ansiedad me dijo,
sin fijarse en que extendía
mis brazos en busca de él:
—¿Visteis a la reina mía?
¿Cómo está doña Isabel?—
Contesté, por si curada
tenía el alma de amor:
—Como nunca enamorada
de su esposo y tu señor,
que presos, según yo vi,
los tiene amor en sus lazos—
con intención añadí.
Vino a cogerse en mis brazos
y creí que me abrazaba;
mas le vi palidecer,
y era que en mí se apoyaba,
por el temor de caer.

ISABEL. ¿Y luego?

GONGO. Luego se irguió

como el que un partido toma
y dijo: —Lo que pasó
no ha sido más que una broma—.
Volvió a su cara el carmín
que un momento no tenía,
se fué al espejo y, al fin,
pude ver que sonreía
en tanto que murmuraba:
—Os hallo un poco más viejo...—
Y el mostacho se rizaba
nerviosamente al espejo.
Aún os ama.

ISABEL. Pasión tal
puede traernos pesares,
porque si llegase al
conde-duque de Olivares,
que es mi mayor enemigo
porque su enemiga fuí,
le diera al conde castigo
para vengarse de mí.
Y por salvar a Don Juan
yo vuestra ayuda reclamo...
¡Salvadle o le matarán!
¡Salvadle porque le amo!

GONGO. ¿También en vos prendió el fuego
de esa insensata pasión?

ISABEL. Al sacerdote le entrego
mi imprudente confesión.
Si merezco penitencia,
ponédmela.

GONGO. De los años
me ha enseñado la experiencia
que sólo los desengaños
—los amantes lo aseguran—
acaban con la pasión;
ellos el corazón curan
o matan el corazón.
Antes que llegue mañana
vos debéis hablar con él.

ISABEL. ¿Hablar a Villamediana?

GONGO. Firme, resuelta, cruel,
como un amo que reprende
vos le debéis de tratar,

y le diréis que os ofende
con su imprudente mirar;
que de él os molesta todo,
que ya perdéis la paciencia
y que le odiáis de tal modo
que os ofende su presencia.

ISABEL. Decir al conde podré
todo lo que vos decís...
Pero que le odio..., Don Luis,
eso no se lo diré.
Hablaré a Villamediana;
le haré ver la conveniencia
de que se parta mañana;
no le otorgaré licencia
para estar cerca de mí;
le pondré de manifiesto
la murmuración que oí;
le haré ver que su funesto
amor le puede llevar
a pagarlo con la vida,
que su imprudente mirar
me tiene comprometida,
que su cordura reclamo,
que acabe con su amor loco...
¡No le diré que le amo;
pero que le odio, tampoco!

GONGO. Inútil fué mi consejo...
Señora, tenéis razón...
¡Qué poco sabe este viejo
de cosas del corazón!

ISABEL. Buscadle. Le doy audiencia.

GONGO. No se hará mucho esperar,
porque aguardando licencia
para poder aquí entrar
impaciente le tenéis
en la cámara cercana.

ISABEL. Sea, pues vos lo queréis.
(Tocando la campanilla de plata que hay sobre la mesa, y dirigiéndose a un paje que aparece en la derecha.)
Que pase Villamediana.
(El paje, tras una reverencia, se retira.)

GONGO. Procurad que ni un momento

la pasión que vos sentís
llegue a su conocimiento.

ISABEL. Cuento con mi honor, don Luis,
si la cordura me falta.

GONGO. *(Saludando y marchándose por la izquierda.)*
Dios guarde a la soberana.

PAJE. *(Por la derecha.)*
Don Juan de Tassis Peralta,
conde de Villamediana.

(Doña Isabel sostiene en su interior una lucha que se hace visible en su rostro; poco a poco se domina hasta tomar de nuevo un gesto majestuoso y frío; en esta actitud se vuelve hacia el paje, que espera silencioso, y con el ademán le ordena que ceda el paso al visitante. El paje levanta el tapiz de la puerta. Entra el conde de Villamediana, que se queda un momento quieto y como deslumbrado. El paje le cede el paso y se va, dejando caer el tapiz. Y es, entonces, cuando don Juan se arroja a los pies de la reina, cubriendo sus manos de besos.)

ISABEL. Levantad.

VILLAM. Permitidme, reina mía,
que mis besos os cubran la mano,
estos besos que no los daría
tan leales ningún cortesano.
Ya dos años sin veros, señora...
¡Noche fué de dos años amarga!
Vuestros ojos, la más bella aurora,
ponen fin a esta noche tan larga.
Vuestros ojos mi alma bendice
cual si al dios de la luz bendijera,
y, al mirarlos, el alma me dice:
¡Es la aurora de la primavera!
Vuestra mano por eso estremece
un temblor de asustada paloma,
y es que mi alma, al mirar que amanece,
sorprendida a mis labios se asoma.

ISABEL. *(Apartando su mano.)*
Son las frases galantes un bello
manto con que vestir los agravios.
Cállense vuestros labios aquello
que no debe salir de los labios.

A la reina hablaréis con mesura.
Os lo ruego, Don Juan. ¿Hasta dónde
llegará vuestra extraña locura?
Levantad, levantad, señor conde.
(*Le tiende la mano para que se levante.*)

VILLAM. Si en mis frases hallaseis agravios,
mi perdón implorando por eso
pide mi alma que sube a mis labios
en la magia divina de un beso.
(*Poniéndose en pie y dando un respetuoso beso en la mano que la reina le tendiera.*)

ISABEL. Señor conde de Villamediana,
cese ya vuestra triste demencia.
¿Es que aquella pasión torpe y vana
no han curado dos años de ausencia?
Pero os veo ante mí repitiendo
vuestro amor con palabras galantes,
y, si loco os marchasteis, comprendo
que tornéis hoy más loco que antes.
Pues si no vuelve a vos la cordura
y el amor en crecer aún se afana,
idos lejos con vuestra locura,
señor conde de Villamediana.

VILLAM. Reina Doña Isabel de Borbón,
de este hombre tened más piedad,
que no es culpa suya si aquella pasión
ha crecido tanto con la soledad.
¡Si pudieseis saber que he sufrido
mil tormentos, que me he torturado
para dar este amor al olvido
cuando estaba de vos alejado!...
Reina mía que yo reverencio,
despreciad, si queréis, mi pasión;
mas dejadme que os ame en silencio,
reina Doña Isabel de Borbón.

ISABEL. ¿Qué habéis visto en la reina que así
vuestro amor a la reina profana?
¿Qué mirasteis ni oísteis de mí,
señor conde de Villamediana?

VILLAM. Nada he oído ni nada he mirado,
vos tenéis, mi señora, razón...
Amor vino, que no lo he buscado,
reina Doña Isabel de Borbón.

Si el amor un remedio le cura,
por cruel que sea decidme ese medio,
que por vos y ante vos mi amor jura
que pondrá por curarse el remedio.

ISABEL. El olvido, Don Juan.

VILLAM. No es bastante,
porque en vano al olvido he llamado.

ISABEL. El olvido no llega al instante.

VILLAM. En dos años a mí no ha llegado.

ISABEL. Señor conde, tratad de ser fuerte.

VILLAM. El amor es más fuerte que el hombre...

ISABEL. Ved que os lleva ese amor a la muerte
y ese amor compromete mi nombre.

VILLAM. Si existiese una lengua que, osada,
vuestro honor comentase con mengua,
que no olvide que llevo una espada
y que puede costarle la lengua.

ISABEL. Señor conde, la vuestra tened.
Refrenad esa loca pasión.
De una vez para siempre, sabed.
que tan sólo me dais compasión.
Y ya tengo, Don Juan, decidido
que marchéis de mi reino mañana
si no dais ese amor al olvido,
señor conde de Villamediana.

VILLAM. Esta lengua cortad si al hablaros
ella os causa tamaños enojos;
si mis ojos con sólo miraros
os ofenden, cegadme los ojos;
mas dejadme, señora, que luego
pueda oír vuestra voz, solamente
vuestra voz, porque no importa al ciego
no poder ver al sol si lo siente.
Mas de vos no alejadme, señora,
pues, de hacerlo, podéis estar cierta
que corriendo, al dejaros ahora,
llegaré del monarca a la puerta
y a mi rey le diré con voz fuerte,
con la más fuerte voz del dolor:
¡Dadme muerte, señor, dadme muerte,
porque por la reina me muero de amor!

ISABEL. El verdugo os matará por loco.

VILLAM. Alejado de vos yo me muero,

y a morir sin morir, poco a poco,
que el verdugo me mate prefiero.
ISABEL. Yo os ordeno que entréis en razón.
VILLAM. No pidáis que me parta mañana.
ISABEL. *(Altanera.)*
¡Señor conde de Villamediana!
VILLAM. *(Inclinándose respetuosamente.)*
¡Reina Doña Isabel de Borbón!
(Entra Inés por la derecha.)
INES. Mi señora, para hablar
con vos en secreta audiencia
espera vuestra licencia,
con gran prisa, Don Gaspar
Núñez.
ISABEL. ¿Qué nuevos pesares
a mí llegan en tropel,
cuando pide verme el
conde-duque de Olivares?
INES. Afirma que necesita
hablaros pronto, señora...
ISABEL. Pues vé a decirle que ahora
tendrá lo que solicita.
(Inés se inclina y sale por donde llegó. Doña Isabel se dirige de nuevo a Villamediana.)
Señor conde, será conveniente
que nos halle a los dos con mis damas.
Vos con él procurad ser prudente.
VILLAM. Hechos traigo para él epigramas,
como a vuestras damas traigo madrigales,
que éstos son los dos mantos que echo
sobre tantos agudos puñales
que el amor ha clavado en mi pecho.
ISABEL. De las sátiras vuestras, guardada
Olivares conserva la suma.
El os odia por eso.
VILLAM. Mi espada
es la hermana más fiel de mi pluma.
Si es Valido Olivares y el Rey
contra mí, en su poder, la ley deja,
es la sátira peor que la ley.
si un ingenio burlón la maneja.
ISABEL. Desecháis los consejos que os di
y yo os quiero evitar más pesares.

Señor conde, marchad por aquí,
mientras yo doy audiencia a Olivares.
(Indicándole la puerta de la izquierda.)

VILLAM. Aguardar al Valido prefiero.

ISABEL. Y yo os mando que huyáis del Valido.

VILLAM. Aun hablaros a solas espero.

ISABEL. Y yo os quiero dejar convencido.
A la hora del rezo se alejan
de mi lado las damas. Ved vos
cuando a solas mis damas me dejan
y venid a que hablemos los dos.
Os espero, Don Juan, a esa hora...
Nunca a solas de nuevo os veré.
No faltéis, señor conde.

VILLAM. Señora,
a la hora del rezo vendré.

ISABEL. Os aguardo al sonar la oración,
señor conde de Villamediana.

VILLAM. ¡Cuánto tarda en sonar la campana,
reina Doña Isabel de Borbón!
(El conde de Villamediana saluda con pasión que se esfuerza en hacer respetuosa, y sale por la izquierda. La reina queda pensativa.)

ISABEL. ¡Si después de tanto amor
diera en pasar el olvido...!
(Toca la campanilla de plata que hay sobre la mesa y aparece Inés.)

INES. ¿Entra, señora, el Valido?

ISABEL. Hazle que llegue.

INES. *(Llamando desde la puerta.)* Señor...
(Entra por la derecha Don Melchor Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares. Inés le cede el paso y después se retira. Olivares se inclina ante la reina.)

OLIVA. Seáis bien hallada, señora.

ISABEL. Algo grave está pasando,
señor conde-duque, cuando
acudís tan a deshora
a mi presencia.

OLIVA. Velar
por la paz del rey mi dueño
es, señora, el solo empeño
que me hace aprisa llegar

ante mi reina.
ISABEL. ¿Y quién osa
turbar la paz del esposo
para que vos tan celoso
turbéis la paz de la esposa?
OLIVA. Quien más guardarla debiera
cuando el esposo está ausente.
ISABEL. ¿Hice tal vez, imprudente,
algo que hacer no pudiera?
Vengan, pues, esos agravios
que tanto os roban la calma,
que ya tengo entera el alma
pendiente de vuestros labios.
OLIVA. Sé que acabáis de otorgar,
señora, secreta audiencia
a quien del rey sin licencia
no debe hasta vos llegar.
ISABEL. ¿Es el conde? Sus respetos,
como noble bien nacido,
a presentarme ha venido;
y no dichos indiscretos,
ni sátiras maldicientes,
ni burlas desvengozadas,
ni diatribas enconadas,
sino frases reverentes
de sus labios escuché.
El destierro le ha curado.
OLIVA. Os afirmo que ha tornado
peor que cuando se fué,
que ya por palacio van
de unos en otros corriendo
las gorjas que entró diciendo
desde que pisó el zaguán.
Y por si ésta fuera poca
razón para mi cuidado,
algo más grave y osado
vuelve a andar de boca en boca.
Y ya que el rey, mi señor,
me otorgó su confianza,
en lo que a su honor alcanza,
yo velaré por su honor,
y aunque le duela el oírlo
a mi reina he de decirle:

Ni vos debéis recibirle
ni yo puedo consentirlo.

ISABEL. Lejos mi paciencia llevo,
pues lo que acabo de oír
ni vos lo podéis decir
ni yo consentirlo debo.
Y vos y vuestro señor
tened en cuenta este aviso:
yo guardianes no preciso
para que celen mi honor.
Y pues llegó el caso cierto
de que hablemos francamente,
juguemos valientemente
con el rostro descubierto.

OLIVA. Señora...

ISABEL. No se me esconde
que vos, que en todo buscáis
armas contra mí, pensáis
que la llegada del conde
pueda ser como cadena
que por vos utilizada
me deje a mí aprisionada.
Y a fe que la idea es buena,
pues teniendo vos un cabo
de la cadena que digo,
vuestro más fuerte enemigo
lo tornabais en esclavo.

OLIVA. ¿Qué decís?

ISABEL. Que harto sabéis
que contra mi voluntad
os da el rey la autoridad
que en España poseéis.
Hábil, cauto y lisonjero
fuisteis simple cortesano,
y ahora sois del soberano
más dueño que consejero,
que con política diestra
y aprovechando su edad
matasteis su voluntad
para imponerle la vuestra.
Casi niño, con pretexto
de fiestas que preparáis,
de su puesto le alejáis,

quedando vos en su puesto,
y tanto el rey su corona
va en vuestra mano olvidando
que apenas se va quedando
en conde de Barcelona.
Rey por la gracia de Dios
se cree, pero se engaña...
¿Cómo va a ser rey de España
siendo rey de España vos?
Ya veis que os he conocido
y me he impuesto como ley
que un día el rey sea rey
sin ministros ni Valido;
si él la corona, imprudente,
en vuestra mano abandona,
no olvidéis que esa corona
también se ciñe a mi frente.

OLIVA. Grandes serán mis pesares
siendo mi enemigo vos.

ISABEL. Basta. Quedaos con Dios,
conde-duque de Olivares.
(Al decir esto último, lanza al conde-duque una mirada tan majestuosa, que Don Gaspar inclina la cabeza, no se sabe si tratando de ocultar su turbación o su soberbia humillada. Luego alza la vista para seguir con ella a Doña Isabel, que, con firme y lento paso, desaparece por la izquierda.)

OLIVA. *(Después de un momento de indecisión.)*
Yo haré muy pronto que den
sus altiveces en tierra,
y pues que quiere la guerra
veremos quién vence a quién.
(Va a salir por la derecha a tiempo que Doña Francisca Tabora entra por dicho sitio.)
¿Vos?

FRANC. Conde-duque.

OLIVA. Señora...

FRANC. ¿Cómo tan solo os halláis?

OLIVA. A fe que a tiempo llegáis,
Doña Francisca Tabora.

FRANC. Perdonad, mas la oración
va a sonar pronto...

OLIVA. Escuchadme.
FRANC. La reina espera.
OLIVA. Prestadme
un momento de atención.
FRANC. Decid.
OLIVA. Existe una dama,
que en gran estima tenéis,
y es muy justo que veléis
por su honor y por su fama.
Yo de la dama en cuestión
he conocido un secreto,
merced a cierto soneto
que os diré en otra ocasión.
Lo firma Villamediana
y habla de ciertos amores,
y hasta de algunos favores
burlonamente se ufana.
FRANC. ¿Y qué me puede importar
si ello no me atañe?
OLIVA. Oíd:
Vos a esa dama decid
esto que vais a escuchar:
Otra dama en ese hombre
prendió del amor la llama...
FRANC. ¿Quién?
OLIVA. Tan alta está la dama
que temo decir su nombre.
Cuando gustéis, en secreto,
os diré lo que ahora callo,
que a las órdenes me hallo
de la dama del soneto.
(Saluda ceremonioso y sale por la derecha, dejando a Doña Francisca Tabora en un infierno de dolorosa incertidumbre.)
FRANC. ¿Qué hay de cierto en este aviso
y quien es la dama, que
decir su nombre no quiso?
Acaso... ¡No!... ¿Qué pensé?
¿Es que a enloquecer empiezo?
ISABEL. *(Entrando por la izquierda.)*
Francisca, llegó la hora
de dar comienzo a mi rezo.
Déjame sola.

FRANC. Señora...
(Se dirige a la derecha.)
ISABEL. *(Cayendo arrodillada en el oratorio.)*
Mi Dios, de tantos pesares
sálveme tu santa ley...
FRANC. *(Levantando el tapiz de la derecha.)*
¿Tendrá razón Olivares?
(En el momento en que va a salir se oye el toque de oración y al mismo tiempo entra el rey Felipe IV, con paso quedo y poniéndose un dedo en los labios para imponer silencio.)
ISABEL. ¡La oración!
FELIPE. *(A Francisca.)* ¡Silencio!
FRANC. *(Sorprendida.)* ¡El rey!
(Felipe IV hace señas a Francisca de que calle y, procurando no ser sentido, se dirige a la reina, que, de espaldas, no le ve llegar. Francisca le pregunta en voz baja:)
¿De la reina se esconde
vuestra real persona?
(El rey llega junto a la reina y haciendo venda de las manos la cubre los ojos. La reina se levanta con asombro e indignación.)
ISABEL. ¡Estaos quieto, conde!
(Ve al rey y rectifica, procurando aparentar serenidad y sonriendo forzadamente.)
Conde de Barcelona.
(Francisca, que iba a salir, se detiene en la puerta con un gesto terrible de sorpresa y de odio. El rey mira a Doña Isabel interrogador. La reina, pálida, con la palidez de la muerte en el rostro, sonríe, acaso para no llorar.)

TELON

ACTO SEGUNDO

Un poético rincón en los jardines de Aranjuez. Es la hora en que da principio el crepúsculo de la tarde del día 15 de mayo de 1622.

Como este acto acontece en el día en que fué representada por la Corte *La gloria de Niquea*, obra que se debe a la pluma del conde de Villamediana, llevan las damas los trajes que usaron en la

fiesta. La infanta viste de *Niquea,* Doña María de Guzmán, de *Diana Cazadora;* Doña Antonia de Acuña, representa *la Edad;* Doña María de Aragón, *la Aurora,* y Doña Isabel de Aragón, *el Caballero de la Ardiente Espada.*

(Riendo—y es su risa como canto de pájaros—van y vienen de un lado a otro, cogiendo flores, la infanta Doña María, hermana del rey Felipe; Doña María de Guzmán, hija del conde-duque; Doña Antonia de Acuña, Doña María de Aragón y Doña Isabel de Aragón. Todas ellas pasan de quince años sin llegar a veinte.)

INFAN. Aún no comenzó la fiesta,
y llevamos de ganancia
en divertirnos lo más
de la tarde que se acaba.

M. GUZ. Primera fiesta que el luto
de la Corte abre a otras tantas
que vuestro hermano y mi rey
dice que tiene pensadas.

INFAN. Amiga Doña María,
¿librasteis mucha batalla
convenciendo a vuestra madre
para vestiros de Diana?
¡Ella, toda devoción!

M. ARA. Quince años ya tienen harta
fuerza para conseguir
todo aquello que les plazca.

A. ACU. Y más teniendo por padre
al conde-duque.

I. ARA. Bastara
ella sola, que la niña
es autoritaria y manda,
más que su padre en el reino,
ella dentro de su casa.

INFAN. "Del regalo de esta fiesta
tenemos que darle gracias,
con toda cortesanía,
a la reina, mi cuñada.
Ella la ideó, mandando,
para mejor celebrarla,
hacer dos nuevas comedias
a dos poetas de fama,

en las que, para más honra,
con la propia soberana,
las hembras más linajudas
haremos de comediantas."
Mas vayamos hacia el Tajo,
que entre el ruido de sus aguas
de risas de caballeros
llega hasta aquí la algazara...
(Entran por la derecha Don Luis de Góngora y el conde de Villamediana.)

GONGO. A fe que no hay pesadumbre
como mis canas, que vienen
y con sólo presentirlas
ya les huyen usarcedes...

INFAN. No vimos que aquí llegaba,
pues sepa, Don Luis, que al verle
nos quedáramos con vos,
ya que vuestro ingenio tiene
siempre una flor en los labios
para honrar a las mujeres.

M. GUZ. Además, la compañía
en que venís bien merece
que nos quedemos.

GONGO. Las gracias
debe dar a sus mercedes
el conde, que por galán
retenerlas aquí puede,
pues solo yo me quedara
si aquí yo solo viniere.

INFAN. Por Dios que sois paradójico,
si la soledad os duele:
quien "Soledades" compone
quejarse de ellas no debe,
y más si tan solo queda
porque él "tan solo" se entiende.

VILLAM. No estuvo mala la pulla.

GONGO. A mí me ha sabido a mieles,
que el aguijón de la abeja
pone la miel donde hiere.
"Pero vayan con los jóvenes;
mejor están usarcedes
con galanes como ellos
que con viejos como éste."

M. ARA. "¡Quisieran esos galanes
ser como vos!
INFAN. Razón tienes."
VILLAM. "¿Pues en qué se diferencian?"
INFAN. "Son serios como corchetes."
M. ARA. "Como viejas, aburridos."
M. GUZ. "Y como ellas, maldicientes."
A. ACU. "Presumidos como damas."
I. ARA. "Tontos como descorteses."
VILLAM. "Y tan sólo abren la boca
para adular a sus reyes,
por si logran con halagos
honores que no merecen."
INFAN. Pronto empezará la fiesta.
GONGO. Gran fiesta, según parece.
M. GUZ. Viene la nobleza toda.
VILLAM. Y los hombres más salientes
de las españolas artes
en el siglo diez y siete.
Diego Velázquez de Silva,
maestro de los pinceles;
Don Francisco de Quevedo,
ingenioso impertinente;
Don Antonio de Mendoza,
Alarcón, Guevara... Gente
que si nombrando siguiera
no acabara aunque quisiere.
Estáis vos. *(A Góngora.)*
INFAN. Y están también
aquellos que hoy nos divierten
con poéticas comedias.
Una, que al conde se debe,
en el "Jardín de la Isla"
mandan que se represente;
es "La gloria de Niquea".
La otra puede luego verse
en el "Jardín de los Negros";
diz que por título tiene
"El vellocino de oro"
y es su autor el eminente
Fray Félix Lope de Vega,
de los ingenios el Fénix.
VILLAM. ¿Más de qué son los disfraces

con que visten usarcedes?
INFAN. Trajes son de la comedia
que vuestra pluma escribiere.
Yo soy Niquea.
VILLAM. Niquea,
que bien su gloria merece.
M. GUZ. Yo soy Diana Cazadora.
GONGO. ¡Dios mío, quién fuera liebre!
A. ACU. Yo soy la Edad.
VILLAM. ¿Y qué edad
tiene el sol cuando amanece?
M. ARA. Y yo la Aurora.
VILLAM. De Aurora
rayos vuestros ojos tienen.
I. ARA. Y yo soy el Caballero
de la Ardiente Espada.
VILLAM. Viene,
guardada en vuestras pupilas,
una espada más ardiente
que la que lleváis al cinto,
pues ésta punta no tiene
para herir, y aquella otra
que en vuestros ojos se mueve,
al pecho que se dirija
lo deja herido de muerte.
GONGO. Tan sólo una falta noto
al repartir los papeles.
INFAN. ¿Cuál, Don Luis?
GONGO. Que a mí debieron
de vestirme de Diciembre.
M. GUZ. ¿Por qué?
GONGO. Por ser este mes
el más viejo de los meses,
el del árbol frío y seco,
el que, a falta de hojas verdes,
deja anidar en su copa
blancos pájaros de nieve.
INFAN. Quien es de espíritu joven,
de las canas no se acuerde...
Y véngase con nosotras,
que mi real cuñada debe
de Diosa de la Hermosura
estar ya vestida, y puede

andar ya por los jardines
buscándonos. Aquí tiene
nuestros brazos el poeta
para apoyarse si quiere.

GONGO. *(Apoyándose en los brazos que le ofrecen la Infanta y Doña María de Guzmán.)*
Dichosa vejez la mía,
que encuentra apoyo como éste.

INFAN. ¿No venís? *(A Villamediana.)*

VILAM. Dejad, Infanta,
que aquí esperando yo quede.

GONGO. Pagaría la atención
con que me honran usarcedes
en moneda de diamantes,
si de diamantes la hubiere.

INFAN. Y a pagarnos va el poeta,
ya que confiesa que debe,
diciendo por el camino,
y para más corto hacerle,
alguna de esas letrillas
que escribe donosamente.

DAMAS. ¡Eso! ¡Eso!

GONGO. Pues andando
y atención todas me presten.
(Recitando mientras hacen mutis por entre las arboledas del jardín.)
Hermana Marica:
mañana, que es fiesta,
no irás tú a la amiga,
ni yo iré a la escuela.
Pondráste el corpiño
y la saya nueva...
(La voz de Gongora se pierde a lo lejos. Villamediana los ve marchar. Luego se sienta pensativo y recita, como respondiendo a un pensamiento íntimo.)

VILLAM. Mi compañía es tristeza,
mi hábito la pesadumbre,
donde el pesar, por costumbre,
se ha hecho naturaleza.
Todo es prolija cadena,
cuanto pienso y cuanto miro,
y lo mismo que respiro,

o me ahoga o me condena...
(Entran por la derecha Don Luis de Haro y Don Antonio de Mendoza y se acercan a él.)
MEND. Salud al noble poeta.
VILLAM. Don Luis de Haro; señor
Don Antonio de Mendoza:
sed bienvenidos los dos.
HARO. A importunaros llegamos
y tal vez en ocasión
de que pensando os halláis
vuestro soneto mejor.
MEND. ¿Hacéis versos?
VILLAM. No, Mendoza,
que no tengo el alma yo
para versos. Si os sorprende
hallarme en meditación,
no echéis la culpa a los versos;
echad la culpa al amor
que me ha metido en las redes
de la desesperación.
HARO. ¿Es acaso la Tabora
causa de vuestro dolor?
VILLAM. Mi amor con doña Francisca
hace tiempo que acabó.
Peno por un imposible,
por cierta dama que no
tiene piedad de las penas
que afligen mi corazón.
HARO. ¿Así se acobarda ahora
quien antes se envaneció
de no haber hallado nunca
en las lides del amor
hembra que le resistiese?
VILLAM. ¿Acobardarme? Eso, no;
ni yo puedo acobardarme
ni lo debéis pensar vos.
MEND. Vos tenéis la culpa, conde,
que todo aquel que os oyó
sabe que siempre dijisteis
que en gorjas, riñas y amor
a nadie el puesto cedíais.
HARO. Y de vos escuché yo
que mujer en quien pusieseis

los ojos y el corazón,
por desdeñosa que fuere,
por muy honorable y por
muy alta que se encontrase,
lográrais vuestra intención,
porque a vos nada os importan
en las cuestiones de amor
ni altiveces, ni desdenes,
ni limpieza de blasón,
ni padres enfurecidos,
ni maridos con honor.
Y aún más dijisteis, Don Juan.

VILLAM. ¿Dije más?

HARO. Que tenéis vos
por seguro que mujer
que no vence la pasión
la rinde una buena bolsa
de oro, y a la que no
una espada que demuestre
que no anda corto en valor
el brazo que la maneja
cuando llega la ocasión.
Mas yo, desde este momento,
empiezo a dudar de vos,
que al contemplaros ahora
desesperado de amor
veo que lo que dijisteis
entonces tan sólo son
frases de un afortunado
que en su camino no halló
ni una mujer desdeñosa
ni una dama con honor.

VILLAM. Lo que yo dije, Don Luis,
lo sostengo, vive Dios,
y mal hacéis en dudar
de lo que haya dicho yo.
Para cumplir mis palabras
voluntad tengo y valor,
y una espada en el costado
y un brazo diestro y veloz
para que lo que yo digo
no lo dudéis nunca vos.

HARO. Puesto que así lo tomáis,

os diré que también yo
tengo una espada en el cinto
y en el pecho un corazón
que ni amenazas tolera
ni al vuestro cede en valor.

MEND. No lo tomen tan a pecho.

VILLAM. Pues probemos, vive Dios.

(Desenvainan las espadas y se acometen. Entra por el foro Don Luis de Góngora.)

MEND. Don Juan, Don Luis...

GONGO. ¿Qué sucede?
Quedos estén, por favor,
que detrás de mí se acerca
Doña Isabel de Borbón.

VILLAM. Será luego. *(Envainando.)*

HARO. *(Imitándole.)* Será luego.

GONGO. *(A Mendoza.)* Decidme qué aconteció.

(Entra por el foro izquierda Doña Isabel de Borbón, vestida de Diosa de la Hermosura, papel que representó en "La gloria de Niquea", de Villamediana. La siguen la infanta Doña María, Doña Francisca Tabora, con el traje que vistió para representar "El mes de abril"; Doña Leonor Pimentel, Doña María de Guzmán, Doña Antonia de Acuña, Doña María de Aragón y Doña Isabel de Aragón. La reina llega hablando con la infanta.)

ISABEL. Mi buena hermana María,
dejad que despacio os vea.
Tan bella estáis que Niquea
más bella ser no podía.

VILLAM. Y ved que quien lo asegura
derecho de juicio tiene,
porque a decíroslo viene
la diosa de la Hermosura.

ISABEL. Papel que me disteis vos.

VILLAM. ¿Qué otra cosa hacer pudiera
si antes de que yo os lo diera
ya os lo había dado Dios?
Y ello es tan cierto, señora,
que ya veis cómo oscurece
y, apenas llegáis, parece
que da comienzo la aurora.

y por veros, a la vez
todas las flores se abrieron,
que flor igual nunca dieron
los jardines de Aranjuez.
Al llegar vos, aquí vienen
los más fragantes olores
que, juntas, todas las flores
vuestro perfume no tienen,
pues nunca como esta vez
que por vos fueron pisados
se hallaron más perfumados
los jardines de Aranjuez.
Si fué alegre el murmurío
de las aguas, que se siente
cuando saltan en la fuente
y se arrastran por el río,
hoy corren con languidez
porque a vuestra voz no llega
la voz del agua que riega
los jardines de Aranjuez.
Y los pájaros que cantan
mientras que cuelgan sus nidos
de los árboles floridos
que en el bosque se levantan,
con envidia y timidez
callan su canto triunfal,
que no oyeron voz igual
los jardines de Aranjuez.
A ellos llegasteis ahora,
y como flores y aves,
aguas y perfumes suaves,
tienen cada uno, señora,
lo que de una sola vez
en vos quiso poner Dios,
tienen envidia de vos
los jardines de Aranjuez.

ISABEL. Quién pensara al escuchar
lo que decís tan rendido
que sois poeta atrevido...

FRANC. Que gusta de difamar
con sus versos.

ISABEL. Cosas tales
quién de vos, conde, dijera

si en este momento os viera
tejedor de madrigales.
(Volviéndose a la infanta.)
Pero decidme, María:
¿tenéis ya bien aprendido
vuestro papel?

INFAN. Por sabido
ya lo tengo, hermana mía;
mas como vos lo sabéis,
pues primero os lo enseñaron,
aunque luego os lo quitaron
para daros el que hacéis,
consejo os quiero pedir
para hacerlo con decoro,
que hay un pasaje que ignoro
cómo lo debo decir.
Pero si vos, que de buena
fama en la Corte lleváis,
vuestra gracia me otorgáis
recitándome la escena...

ISABEL. Si el pasaje que decís
os tiene tan temerosa...

INFAN. Es una escena amorosa
de Niquea y Amadís,
cuando él dice su dolor
ante Niquea rendido...
Como el amor no he sentido
no sé cómo habla el amor.

ISABEL. Hiciera lo que pedís
si un Amadís yo tuviere.

VILLAM. Si mi señora lo quiere
yo serviré de Amadís.

ISABEL. Veréis qué fáciles son
los versos.

INFAN. Pues empezad.

ISABEL. ¿Vamos, conde? Vos prestad,
Doña María, atención.
(Pausa. La reina y Villamediana avanzan y recitan este pasaje de "La gloria de Niquea.")
Amadís: mi esclarecida
deidad, a Cintia votada,
bien puede estar obligada,
mas no ser agradecida.

VILLAM. Amor en tus manos deja
la fe pura que profeso.
ISABEL. Obligación te confieso,
no me solicites queja.
VILLAM. Siempre el mejor pensamiento
busca el peligro mejor.
ISABEL. Y es siempre culpa el error
que toca en atrevimiento.
VILLAM. Niquea, el osar morir
¿lo tienes por mucho osar?
ISABEL. ¿Y es poco desvariar
osármelo tú decir?
Calla y no quieras perder
el premio de tu valor
disculpando con amor
la causa de enloquecer.
Limita, Amadís, el daño;
éntrate en ti y en camino,
que no es poco el desatino
que ha menester desengaño.
Ponga freno a la pasión
el accidente más justo,
echen cadenas al gusto
las leyes de la razón.
Venza la causa al efeto;
será tu fama ensalzada,
más que por la ardiente espada,
por el debido respeto.
VILLAM. No sé yo que contradiga
ni que pueda ser error
contra los fueros de amor
una encubierta fatiga.
Mi ceguedad ya la veo
y que no tendrá disculpa
si puede una fe ser culpa
que aún no llega a ser deseo.
(La reina, que empezó la escena con serenidad, ha ido palideciendo según recitaba. Villamediana ha dicho las últimas estrofas con creciente pasión. Doña Isabel quiere disimular, pero al llegar este instante se limpia las lágrimas.)
INFAN. ¿Qué os acontece, señora?
LEONO. Palidecisteis.

ISABEL. No es nada.
Seguid la escena empezada.
FRANC. *(A Góngora.)*
¿No veis que la reina llora?
GONGO. Señores, es el momento
en que debemos marchar
a palacio para dar
al rey acompañamiento.
ISABEL. Id todos. Y vos, señor
Don Luis, quedaos aquí.
(A Leonor.)
Dí al rey que le aguardo.
FRANC. *(Aparte, al salir.)* Así
no llora más que el amor.
(Todos, menos Góngora y Doña Isabel, van saliendo por la derecha. Doña Francisca sale la última, mirando con rencor a la reina y a Villamediana, que se ha acercado a ella y dice por lo bajo, como despidiéndose:)
VILLAM. Si, cayendo, levantáis,
señora, debió de ser
culpa de no conocer
alguno a quien derribáis.
Tal que si la mano os pido
conozco de sobresalto
que nunca estaré tan alto
como a vuestros pies rendido.
(Besa la mano de la reina y sale siguiendo a los demás.)
GONGO. No comprendo la razón
de que una escena inocente
cause en vos tan imprudente
como infantil emoción.
ISABEL. ¿Pero no visteis, Don Luis,
que en la Niquea del conde
la propia reina se esconde?
¿No advertisteis que Amadís,
que en mostrar su amor se afana
de mi desdén a los pies,
no es un comediante, que es
el mismo Villamediana?
Cuando Niquea responde
a la súplica amorosa,

más que altiva, desdeñosa,
yo vi en los ojos del conde
tanta pena y amor tanto
que mis palabras oía
y esfuerzos vanos hacía
para contener el llanto.

GONGO. Os vais a perder los dos,
y pues al conde, señora,
ya de salvarle no es hora,
pensad en salvaros vos.
Y permitid que, atrevido,
vuestra prudencia reclame.

ISABEL. Para que yo no le ame
¿qué medio halláis?

GONGO. El olvido.

ISABEL. Si de continuo a mi lado
siempre a mi esposo tuviera,
quién sabe si por mí fuera
Villamediana olvidado;
pero, cuitada de mí,
no tengo ni ese consuelo.
Desde el día que del suelo
de mi Francia yo salí
dejándome allí el cariño
de mis padres, cuando sola
vine a la tierra española
a casarme con un niño
por esa gran sinrazón
que llaman razón de Estado,
jamás, Don Luis, a mi lado
he sentido un corazón
que junto al mío latiera,
porque yo soy en España
para la Corte una extraña,
para el pueblo una extranjera.
Y ese vivir doloroso
cambiarlo en dicha quería
y si a mis damas decía:
—¿Dónde se halla el rey mi esposo,
que no viene y yo le aguardo?—
me daban esta respuesta:
—Nuestro rey está de fiesta,
nuestro rey caza en El Pardo—.

Y miraba con dolor
brotar en el pecho mío
las espinas del hastío
en el rosal del amor.
Así pasó mi existencia,
y mi alma se marchitaba,
y si distracción buscaba,
ya perdida la paciencia
de verme siempre tan sola,
hasta eso me lo impedía
la ley implacable y fría
de la etiqueta española.
Viéndome de amor tan falta
como sobrada de hastío,
pasó en el camino mío
Don Juan de Tassis Peralta,
y allí cambió mi existencia
porque en su mirada vi,
cuando se alzaba ante mí
tras de muda reverencia,
aquella pasión extraña
que yo en mi esposo busqué
desde el día que pisé
la noble tierra de España.

GONGO. ¡Desdichada!

ISABEL. Mi alma harto
motivo de queja tiene.

LEONO. *(Entrando por la derecha.)*
Señora, tras de mí viene
el rey Don Felipe cuarto.

(Acompañando a Doña Leonor Pimentel entra Villamediana, que, mientras la dama se acerca a la reina, se une a Don Luis de Góngora. A poco aparece el rey Felipe con los cortesanos en este orden: primero el rey, y a su lado el conde-duque de Olivares; detrás, Don Baltasar de Zúñiga y Don Francisco Contreras; a seguido, Fray Antonio de Sotomayor, y luego la infanta Doña María, Doña María de Guzmán, Doña Francisca Tabora, Doña Antonia de Acuña, Doña María de Aragón, Doña Isabel de Aragón, Don Luis de Haro, Don Antonio de Mendoza, el bufón Miguel Soplillo, Pedro Ver-

gel, alguacil de Corte, y otros cortesanos. Según van entrando, Villamediana dice a Don Luis de Góngora, señalando a los personajes a que en él se refiere, el siguiente epigrama:)

VILLAM. Niño rey, privado rey *(Por Olivares.)*,
viceprivado ladrón *(Por Zúñiga.)*,
presidente contemplón *(Por Contreras.)*,
confesor, hermoso buey *(Por Sotomayor.)*;
pocos los hombres con ley,
muchos siervos del privado,
idólatras del sagrado;
carne y sangre poderosa,
la codicia escrupulosa...
¡Cata el mundo remediado!

ISABEL. Gracias al Señor le doy
por este instante dichoso
de ver a mi noble esposo.
Hace tres días con hoy
que no os he visto.

FELIPE. No soy
culpable de lo que dices,
y que no te escandalices
de mi alejamiento aguardo
cuando sepas que en El Pardo
maté sesenta perdices.

OLIVA. No vi nunca cazador
más certero y más prudente.

SOPLI. *(A Villamediana.)*
Al rey, Olivares miente,
que él caza más y mejor.

VILLAM. *(A Olivares.)*
No habéis hablado, señor
conde-duque, muy cabal,
que un testigo presencial,
a gritos, en una plaza,
decía que si el rey caza
tampoco vos lo hacéis mal.

OLIVA. Pues otro a mí me decía
que debéis tener prudencia,
puesto que él correspondencia
con el infierno tenía
y por Satanás sabía
que el aposento mejor

preparan a un hablador.
VILLAM. Quien tan enterado está
por Satanás no será
el Padre Sotomayor.
No os asuste lo que digo *(A todos.)*,
no os extrañe lo que hablo *(A Sotomayor.)*,
que si os conoce el diablo
será porque sois amigos
del conde-duque, aunque abrigo
sospechas de que al llegar
noticias de aquel lugar,
como las da Lucifer
sólo las pueden saber
o vos o don Baltasar.
(Dirigiéndose al conde-duque y a Zúñiga. Luego se adelanta y continúa encarándose con Olivares solamente.)
Conde, yo os prometo a Dios,
si el irse un hombre al infierno
fuera por sólo un invierno,
que yo me fuera con vos.
Pero si vamos los dos
será por la eternidad;
y por Dios que es necedad
el ir jornada tan larga,
con tanto peso y tal carga,
por sólo vuestra amistad.
ZUÑIG. *(Al rey.)*
Mañana debéis, señor,
ir al Consejo de Estado,
que noticias han llegado
de Lieja, y hay el temor
de que todo va peor
en Flandes de día en día...
FELIPE. Ir al Consejo querría,
Zúñiga, de buena gana;
mas dispuse que mañana
preparasen cacería.
OLIVA. Señor...
FELIPE. Decid, don Gaspar.
OLIVA. Mientras presenciáis la fiesta
os ruego que leáis esta
nota que os voy a entregar;

ella es para remediar
el hambre que a España asedia.

FELIPE. Ved cómo ello se remedia;
sois mi mejor consejero
y en vos fío, pues yo quiero
ver entera la comedia.

ISABEL. *(Al rey, por lo bajo.)*
Un asunto de importancia
tenemos que hablar los dos
y aguardo, señor, de vos
que por esta circunstancia
vayáis después a mi estancia
del palacio de Aranjuez.

FELIPE. Dejadlo para otra vez,
porque más de mil ducados
tengo, señora, apostados
en el maldito ajedrez.
(Alejándose de la reina.)
Pero escuchadme un momento,
Don Antonio de Mendoza;
quien con poetas se roza
está de serlo sediento,
y yo tengo un argumento
que para escrito se presta.
Me daréis la obra compuesta
y firmaré.

SOPLI. ¡Chusco lance!

FELIPE. Primero haréis un romance
que inmortalice la fiesta.
(A Villamediana.)
"Mas la hora de comenzar
vuestra comedia ha llegado."

ISABEL. "De ser mal interpretado
no os podéis, conde, quejar."

VILLAM. "Si en ello doy en pensar
aun perdón quiero pedir
por atreverme a escribir."

INFAN. "¿De nosotras qué sería
sin toda esa poesía
que vos nos hacéis decir?"

GONGO. "Quien pudo en tanto tormento
dar gloria en tan breve suma
otra no fué que tu pluma,

otro no fué que tu aliento.
A tu canoro instrumento
Anaxtaras lisonjea
por que tuyo el nombre sea
que hoy se repite feliz,
o "La espada de Amadís"
o "La gloria de Niquea".

FELIPE. *Mirando hacia la izquierda.)*
Mas vienen a este lugar
Lope y Alarcón; la risa
traen en los labios y prisa
tienen los dos por llegar.
(Alzando la voz como si hablase con alguien que aún está lejos.)
¡Que se me van a cansar,
que ya jóvenes no son!...
¡Corra yo con más razón
si es quien a buscarme llega
Fray Félix Lope de Vega
y Don Juan Ruiz de Alarcón!
(Sale por la izquierda. La reina y los cortesanos le siguen. Sólo queda a la derecha el conde-duque, que oye las frases que Villamediana dice, saliendo detrás de todos y cogido al brazo de Don Luis de Góngora. Vergel, en el fondo, parece esperar órdenes de Olivares.)

VILLAM. La carne, sangre y favor
se llevan las provisiones;
quedos se están los millones
y Olivares gran señor,
Alcañices cazador,
Carpio en la cámara está,
Monterrey es grande ya,
Don Baltasar presidente...
Las mujeres de esta gente
nos gobiernan... ¡Bueno va!
(Sale por la izquierda riéndose con Góngora. Olivares le mira con rencor y murmura:)

OLIVA. Ríe, conde, pero aprisa
y en tu risa no confíes,
que aquellos de quien te ríes
harán pronto que tu risa
os traiga llanto y dolor

a ti y a Doña Isabel...
(Volviéndose y viendo a Vergel.)
¿Qué aguardas, Pedro Vergel?
VERG. Vuestras órdenes, señor.
OLIVA. ¿Que mis órdenes esperas?
O mi memoria no rige
o yo, Vergel, no te dije
que a recibirlas vinieras.
VERG. Aquel que a su señor ame
como yo, señor, os amo,
debe hallarse junto al amo
antes que el amo le llame.
OLIVA. No ignoro, Pedro Vergel,
que me respetas y quieres
y, al servirme, sé que eres
tan discreto como fiel.
VERG. Nada, señor, de más hago
con serviros de este modo,
que a vos os lo debo todo,
y yo, cuando debo, pago.
OLIVA. Las palabras que pronuncias
suenan a oculta advertencia
y me dice mi prudencia
que algún peligro me anuncias.
VERG. Los enemigos se crecen
ante vos.
OLIVA. Aviso necio,
que por chicos los desprecio
y por grandes me envanecen.
VERG. Al que es persona discreta
deben ponerle en cuidado
la lengua de un mal criado,
la pluma de un buen poeta.
Y oyendo al murmurador
Don Juan de Tassis Peralta,
comprendí que os hace falta
que un celoso servidor
corte tales desafueros
y sus versos maldicientes
no digan más entre dientes
por Losas y Mentideros.
Pues si es su lengua mordaz,
con que mi puñal no falle,

yo haré que el conde se calle
para que viváis en paz.

OLIVA. Aun la ocasión no es propicia,
Vergel, y cuando lo sea
no quiero que nadie vea
que anda en ello la Justicia.

VERG. Pues a buscaros me obligo
quien lo haga en secreto. Sé
de cierto bellaco que
al conde dará castigo;
de prudente tiene fama
y no hay nada que le asombre...

OLIVA. ¿Y cuál es, Vergel, su nombre?

VERG. Ignacio Méndez se llama.
Sé de otro que os es leal.

OLIVA. ¿Quién es?

VERG. Alonso Mateo,
que por vos tiene el empleo
de ballestero real.
Si su antigua convivencia
con gallofos y truhanes,
y pícaros y holgazanes,
hízole sabio en la ciencia
de abrir las bolsas cerradas,
de vaciar el bolso lleno,
de apropiarse de lo ajeno
y andar luego a cuchilladas
con corchetes y alguaciles
por escondidas callejas;
si, por las costumbres viejas
de sus años moceriles,
cruzó la mar procelosa
remando como forzado
y supo, sin ser casado,
lo que molesta una esposa;
si le enseñaron la ley
de un cómitre los azotes
yendo con los galeotes
en las galeras del rey,
hoy, señor, no mereciera
perdón alguno de Dios
si olvidara que por vos
abandonó la galera.

y que os sirva bien espero,
porque no ha echado al olvido
que por vos, aquel bandido
es, junto al rey, ballestero.

OLIVA. Tal virtud con lo que dicen
a tus palabras asoma
que estoy por mandarle a Roma
para que le canonicen.
La gratitud es extraña
y ya olvidada moneda
de la que en España queda
menos que oro en Nueva España.

VERG. Pues en su pecho la esconde
el buen Alonso Mateo,
y a vos bien vengado creo
que os ha de dejar del conde,
que a sus cualidades suma,
para una empresa como ésta,
el manejar la ballesta
mejor que el conde la pluma.

OLIVA. Ya llegará todo, pero
la vida del conde es cosa
hoy para mí tan preciosa
que antes de que muera, espero
que Don Juan a cierta dama,
con su pasión indiscreta,
en tal forma comprometa
que, temiendo que su fama
sirva de escarnio y de risa,
de miedo y vergüenza llena,
la que hoy, altiva, me ordena,
mi ayuda implore, sumisa.

VERG. Doña Francisca Tabora
por aquel camino viene.

OLIVA. Hazte a un lado. Me conviene
hablar con ella.
(Vergel, discretamente, se oculta entre las arboledas. Doña Francisca cruza el jardín con gesto preocupado. El conde-duque sale a su encuentro.)
Señora...

FRANC. Ya "La gloria de Niquea"
va a dar comienzo, y me extraña

que en esta noche se os vea
tan lejos del rey de España.
OLIVA. Servirle a solas prefiero.
FRANC. ¿Importuno?
OLIVA. No, por Dios.
FRANC. ¿Y qué hacéis tan solo?
OLIVA. Espero.
FRANC. ¿A quién esperáis?
OLIVA. A vos.
FRANC. Lo que vuestro labio diga
será cosa que me importe
si a estar lejos os obliga
del monarca y de la Corte.
Decid.
OLIVA. Hasta cierto día,
de fecha no muy lejana,
yo, señora, suponía
que vos y Villamediana
unos ardientes amores
sosteníais en secreto,
y hablé de ciertos favores
y hablé de cierto soneto.
Mas veo que engaño era
y os vengo a pedir perdón
por la ofensa que os hiciera
mi necia suposición.
FRANC. Conde-duque...
OLIVA. Plenamente
convencido de mi engaño,
sin pecar ya de imprudente,
y para evitar el daño
que vendrá a la soberana,
hablemos, señora, del
conde de Villamediana
y de la reina Isabel.
FRANC. Atentamente os escucho.
Si por él no me intereso,
la reina me importa mucho.
OLIVA. Lo sé, señora; por eso
espero de vos—maestra
en discreción y cordura—
que, como advertencia vuestra,
la digáis que se murmura,

que a comentarios diversos
la murmuración responde,
que en sus amorosos versos
a la reina canta el conde,
y ser lince no precisa
quien quiera ver cómo él
donde escribió "Francelisa"
quiso poner Isabel.
Y si es por Borbón princesa,
en "Francelisa" advertís
cómo habla de una francesa
que ostenta flores de lis.
"Belisa" también la llama,
"francés lirio", añade él,
y "Bel-isa" es anagrama
clarísimo de "Isa-bel".

FRANC. Es cierto.

OLIVA. Con su locura
allá él si está tan loco;
pero la Corte murmura
que nuestra reina tampoco
de cubrir prudente trata
miradas y galanteos
y ni siquiera recata
sus amorosos deseos.

FRANC. Cierto que pena y suspira
por Doña Isabel el conde.
Mas que ella amante le mira
y que a su amor corresponde
son, señor, cosas que niego.

OLIVA. Pues cerca de ella vivís;
espiadla vos, y, luego,
si podéis, me desmentís.
(Se ha hecho de noche. Parpadean las estrellas en el firmamento y la luna pretende asomarse entre dos nubes. La fiesta ha comenzado y llegan de lejos los acordes de una gavota.)
Conque la advertencia ésta
sepa la reina por vos
yo cumplo.

FRANC. Empieza la fiesta;
adiós, conde-duque, adiós.
(Con paso lento cruza doña Francisca el jar-

dín, dirigiéndose hacia donde la fiesta se celebra. Con el alma llena de incertidumbre, murmura al desaparecer entre las arboledas.)

¿Es cierto? ¿Doña Isabel
a tal amor corresponde?
¡Cuitada de mí!

OLIVA. *(Viéndola desaparecer, con un gesto de triunfo y volviéndose a Vergel, que ha asomado por entre los árboles.)*

¡Vergel!

VERG. Mandadme, señor.

OLIVA. Al conde,
pues ello te satisface,
vigilarás desde ahora,
que con la reina ya lo hace
Doña Francisca Tabora.

(Seguido de Vergel se encamina hacia el jardín de la Isla. Queda la escena sola, envuelta en un claro de luna. Al sonar la música lejana, una voz de mujer recita los siguientes versos:)

VOZ MU. *(Dentro.)*
Yo soy, en opaco bulto
y en oscura confusión,
con manto de estrellas, noche,
negra imagen del temor.
Soy cómplice tenebroso
de cuantos hurtos amor
no fía de las auroras
y esconde la luz del sol.
Amadís, duerme seguro;
duerme, que en el sueño no
puedes temer los peligros
desta encantada ilusión.

(Mientras se ha oído el canto ha salido Villamediana hablando con Diego, su escudero.)

VILLAM. Diego, mi fiel escudero,
sigue contando.

DIEGO. Señor...

VILLAM. Dices que Don Luis de Haro
estaba hablando con dos
caballeros de la Corte,
sentando la afirmación
que si a un duelo le retaba

era solamente por
evitarme el compromiso
de demostrarle que yo,
con proponérmelo sólo,
triunfaba siempre en amor.

DIEGO. Tal dijo don Luis de Haro.

VILLAM. Pues te juro, ¡vive Dios!,
que pronto de mis palabras
tendrá la demostración.
Busca a Don Luis y le dices
que aquí esperándole estoy,
y aquí torna tú con él,
que me harás falta.

DIEGO. Señor...

(Saluda respetuosamente y se va. La música sigue sonando y otra voz de mujer recita entre las arboledas; voces femeninas la contestan.)

VOZ MU. *(Dentro.)*
"Yo soy la aurora, vestida
de apacible rosicler;
bello principio del día
y fin de tu horror también."

OTRA. "¡Despierta, Amadís dormido!
Y despierta a merecer
aventuras, a quien deba
mil coronas un laurel."

OTRA. "Huye tú, pues soy la luz,
que a la rosa y al clavel
sus colores restituyo."

OTRA. "¡Huyo!"

OTRA. "¡Despierta para vencer!"

(Las voces se extinguen. Prosigue la música, suave y acariciante. Una campana hace sonar las nueve. Otras, más o menos distantes, parece que responden. Villamediana, influído por la poesía del momento, comienza a recitar.)

VILLAM. ¡Relojes de la noche, campanas del nocturno!
¡La canción del sepulcro, la canción de la cuna!
Misticismo, misterio... El tiempo, taciturno,
se pinta con la nieve del claro de la luna.
Del alma en estas horas todo huracán se calma
y yo siento que nacen dos alas en mi alma,
en mi alma que siembran quimeras y altiveces,

y en su rincón más hondo se recoge, propicia
a forjar con las más diversas pequeñeces
infiernos de dolores y mundos de delicia.
Como pájaros vuelan por la noche, dispersos,
mis ensueños; alguno remontarse quisiera
a la pálida luna para decirla versos
mientras deshojo el mágico rosal de la quimera.
¡Relojes de la noche! Campanas milenarias,
cuyos tañidos tienen murmullos de plegarias...!
En la noche yo vivo los más grandes placeres,
y en la noche yo bebo los besos del amor...
Como Dios, creo mundos con hombres y muje-
[res,
y me siento más fuerte que el mismo Creador.
En mis hombros la luna pone manto imperial
y me hallo sobre el bien y sobre el mal,
y contemplo, sin verlo, lo que nadie aun ha vis-
[to...
¡Abre la Eternidad para mí su ventana
y desprecio, con una sublimidad pagana,
la misma vida eterna que nos brindaba Cristo!
¡Campanas de la noche, que me enseñáis la
[ciencia
de vivir la más pura forma de la existencia!...
En estas bellas horas van y vienen dispersos
los recuerdos, lo mismo que muertos que se
[animan...
¡Son las sublimes horas de los secretos versos,
de los versos que sólo para nosotros riman!
Verso que no se escribe, ése es verso sincero;
es el verso, que el otro es como un pordiosero,
mendigo de la gloria, triste mano implorante;
es verso que se vende como una cortesana
que en medio del camino se ofrece al caminante
y todo caminante le goza y le profana.
El otro no se mancha; es virgen, limpio, pul-
[cro;
al salir de su cuna va a buscar su sepulcro...
Trovador de sí mismo y de sí mismo oyente,
es uno como Dios, y como Dios, diverso...
¡El verso que se calla es verso que se siente,
y ese verso del alma es el alma hecha verso!
Místico y silencioso, es ángel taciturno

este verso que vuela por hundirse en la luna;
es el verso en que cantas, campana del noc-
[turno,
la canción del sepulcro, la canción de la cuna.

(Por las arboledas de la izquierda ha aparecido Don Luis de Haro, seguido de Diego. Al escuchar a Don Juan detiene su paso y pone atención a los versos que éste dice. Cuando Villamediana termina su canción al nocturno, Haro avanza hacia él.)

HARO. Hombre sois, Don Juan, en todo
digno de mi admiración,
que cuando para batirnos
vengo en vuestra busca yo,
bellos versos a la luna
le estáis recitando vos.

VILLAM. La espada y la poesía
tan enemigas no son
que no pueda recordar
al propio tiempo a las dos.
Pero venid, que el momento
de demostraros llegó
que cosa que yo prometa
no se queda en intención.
Diego, acércate y escucha.

DIEGO. Decid que mandáis, señor.

VILLAM. *(Llevándole aparte y hablándole en voz baja.)*
Vas a buscar a mis pajes,
y, luego, con precaución,
os metéis bajo el tinglado
que anoche se levantó
en el jardín de la Isla,
y apenas oigáis la voz
de la reina...
(Continúa hablando en voz tan baja que sus palabras solamente son perceptibles para Diego, cuyo rostro va pasando de la sorpresa al asombro y del asombro al miedo.)
¿Me comprendes?
Para salvarte estoy yo.
Mi oro y mi espada abrirán
las puertas de tu prisión.
(Tal concepto tiene Diego de su amo, que esta

sola promesa hace que vuelva a su rostro la tranquilidad.)
¿Dudas?

DIEGO. ¿Dudar, señor conde?
¿Pues no me lo mandáis vos?
(Saluda respetuosamente y desaparece por la izquierda. Villamediana se vuelve hacia Don Luis de Haro.)

HARO. Ved, Don Juan, qué puntual soy
cumpliendo lo prometido.

VILLAM. Obediente a lo ofrecido,
ya veis, Don Luis, que aquí estoy.

HARO. Siendo así, por vida mía,
ya podemos empezar.

VILLAM. Paciencia, que hay que esperar.

HARO. ¿Todavía?

VILLAM. Todavía.
Ordenes di a mi escudero,
y en este instante prepara
el medio seguro para
que la dama que yo quiero
caiga en mis brazos rendida.
En ellos la veréis vos
y tiempo habrá, ¡vive Dios!,
para jugarnos la vida...
Tened, por tanto, paciencia,
que de lo que pude hablar
habéis osado dudar,
y si os quito la existencia
habré de quedarme aquí
con el disgusto profundo
de que os vais al otro mundo
dudando, Don Luis, de mí.

HARO. Aun cuando nada comprendo,
haced vuestro gusto, conde.

VILLAM. ¿No veis el tinglado donde
la comedia están haciendo?
Si algunos hombres hubiera
debajo de ese tinglado
con un hachón preparado,
y al instante en que saliera
a la representación
mi noble y altiva dama,

esos hombres, con la llama
invisible del hachón,
al tinglado dieran fuego,
todo el mundo escaparía;
pero entonces llegaría
un hombre que de amor ciego,
a la dama, de la llama
entre sus brazos cogiera
y ante vos luego viniera
para mostraros la dama...

HARO. No me lo acierto a explicar.

VILLAM. Ya os lo explicaréis después;
y al saber quien ella es,
por Dios, que vais a temblar.
(Mirando con creciente interés hacia el sitio donde se supone el jardín de la Isla e indicando con el ademán este lugar a Don Luis de Haro.)
Entra la dama en acción.
Ya está en escena.

HARO. No entiendo.
¿Quién es?

VILLAM. ¿Pues no la estáis viendo?

HARO. ¡Doña Isabel de Borbón!

VILLAM. Ved. Se ilumina el jardín.
Cunde en todos el espanto.

VOCES. *(Dentro.)*
¡Fuego! ¡Fuego!

HARO. ¡Cielo santo,
si es que arde el teatro!...

VILLAM. ¡Al fin!

HARO. ¡Es el tinglado una llama!
¡Gritan, corren y se quejan!

VILLAM. ¡Ahora que sola la dejan
voy a salvar a la dama!
¡Adiós!

HARO. ¡Esperad!

VILLAM. ¡Adiós!

HARO. ¿Dónde vais?

VILLAM. ¿No lo advertís?
¡Ahora, a salvarla, Don Luis;
luego, a mataros a vos!
(El conde de Villamediana sale corriendo por la izquierda. Don Luis de Haro va a seguirle,

a tiempo que entran por dicho lado Miguel Soplillo y Diego.)

DIEGO. ¡Alarma! *(Gritando.)*

SOPLI. ¡El teatro incendiado!

HARO. ¡Vive Cristo! ¿Y cómo fué?

SOPLI. Yo, a la verdad, no lo sé,
porque de pronto ha estallado.
Toda la gente temía
y tal confusión se armaba
que cada cual escapaba
por donde mejor podía.
(A Diego.)
No te andes tú tan reacio
y da el alarma, truhán.

HARO. *(Mirando al sitio donde se supone el incendio.)*
Mas por allí ¿dónde van?

SOPLI. Corren todos a palacio,
que están seguros allí.

HARO. Igual que aquí, me parece.

SOPLI. ¿No veis que el incendio crece
y sopla el viento hacia aquí?

HARO. Corre y da el alarma luego.

SOPLI. *(A Diego.)*
Marcha tú por ese lado.

HARO. Buena fiesta hemos echado...

DIEGO. *(Saliendo por segundo término derecha.)*
¡Fuego en la Isla!

SOPLI. *(Idem por primer término.)* ¡Fuego!

VOCES. *(Dentro.)* ¡Fuego!

(Don Luis de Haro sale también. Pausa, durante la que se oye gritar dentro: ¡Fuego! ¡Alarma! Una luz rojiza inunda el jardín. Por las arboledas de la derecha aparece el conde de Villamediana, sin sombrero, descompuestos el traje y los ademanes. Trae en sus brazos a la reina Isabel, desmayada. Llega con ella hasta el centro de la glorieta, donde se arrodilla y dice, contemplando a la reina.)

VILLAM. ¡Carcelera y soberana
de mi vida y mi albedrío!...

ISABEL. *(Volviendo en sí.)*
¡Protégeme, esposo mío!

VILLAM. ¡Isabel!

ISABEL. ¡Villamediana!

(Al reconocer al conde vuelve a desmayarse contra su pecho. Villamediana la contempla con pasión y dice, enloquecido de amoroso orgullo.)

VILLAM. Al fin puedo contemplarte
entre mis brazos rendida...
¡Quién de ellos quiera arrancarte
ha de arrancarme la vida!

TELON

ACTO TERCERO

El salón principal de la Casa Panadería de Madrid. En el foro, los huecos de los tres balcones que se abren a la larga baranda de hierro que da sobre la plaza Mayor. A la derecha y a la izquierda, puertas amplias. Dos pajes arreglan los últimos preparativos que se hacen para recibir a los reyes, que vienen a presenciar una fiesta de cañas; estiran las alfombras, ponen las cosas en orden, sacan a los balcones los sillones, etc., etc. Todo ello lo hacen despacio, más por vagos que por cansados. Hay una pausa. Durante ella cruzan en silencio la escena, saliendo por la derecha y desapareciendo por la izquierda, Doña Francisca Tabora, Doña Leonor Pimentel y Don Antonio de Mendoza, que las acompaña. Otra pausa. Al fin, entra por la derecha el bufón Miguel Soplillo, que se encara con los pajes indignado.

SOPLI. Buenas tardes, sabandijas,
por el vestido criados
y por los hechos ministros
de la corte del descanso,
o sabios emperadores
del imperio de los vagos;
ligeros para comer
y prontos para el salario
y torpes en la labor
y en la obligación reacios.

PAJE. Cállese Don Miguelillo
y no nos parle tan alto,
que si criado del rey
soy de escaleras abajo,
tú, de escaleras arriba,
no pasas de ser criado.

SOPLI. Tenga la lengua el truhán
y mire a quien está hablando.
Has de saber que yo soy
primer bufón de palacio,
aun habiendo en el Alcázar
los bufones a puñados,
porque todo aquel que envuelto
vino en pañales hidalgos,
al mundo trajo el deber
de amar a su soberano,
de divertirle en las fiestas,
de acompañarle en el plato,
de entretenerle en sus tedios
y de adularle a diario.
Y yo, falto de corona
y de buen linaje falto,
nacido donde Dios quiso
y donde El quiso criado,
las verdades, al monarca
le digo, burla burlando,
y ni las manos le beso
ni reverencias le hago,
que con mis piernas torcidas
y este cuerpo corcovado,
aunque criado parezca
puedo tenerme por amo.
Ya ves si me diferencio
de esos otros de que hablo
que por señores se tienen
y no pasan de criados.

PAJE. Es verdad, que ningún noble
conseguir aquí ha logrado
la confianza que a ti
te da el rey Felipe cuarto.

SOPLI. "Más que al mismo conde-duque
y que a ningún cortesano.
Soy el ojo del Alcázar,
el oído de palacio;
lo que me conviene digo,
lo que me conviene callo,
y conozco más secretos
de mi joven soberano
que Don Antonio Mendoza,

su secreto secretario."
Y, para que no dudéis,
una muestra voy a daros.
Pues en el balcón te hallas,
dime lo que estás mirando.

PAJE. La plaza Mayor en fiesta
aguarda a los soberanos,
los nobles en los balcones
y el pueblo hasta en los tejados.

SOPLI. Lo mismo estaba la plaza
el día, no muy lejano,
que al marqués de Sieteiglesias
la cabeza le cortaron.
A costa de poca cosa
se divierte el populacho,
y, si yo fuese monarca,
por tenerle sosegado,
un día sí y otro no
iríale preparando
brillantes juegos de cañas
o fiestas de toros bravos
y, porque el día de en medio
no lo fuera de descanso,
al pueblo regocijara
mis ministros degollando,
haciendo así, al propio tiempo,
dos bienes incalculables:
divertir al pueblo, triste
porque de pan se halla falto,
e ir limpiando de ladrones
los arcones de palacio.
¿Mas nada que te sorprenda
hallas aún?

PAJE. No lo hallo.

SOPLI. Eres torpe por demás;
los ojos vuelve a este lado.
¿Viste nunca aquel balcón
que abrieron bajo ese arco?

PAJE. Nunca lo vi, y ayer mismo
no estaba.

SOPLI. ¿Sabes, bellaco,
quién lo mandó abrir?

PAJE. No.

SOPLI. Yo.
PAJE. ¿Y para qué?
SOPLI. Por mandato
de mi señor, que me dijo:
—Soplillo, estoy meditando
la forma de complacer
a cierta bella que amo;
ella quiere ver la fiesta
que en la plaza Mayor damos;
darle un balcón en la plaza
fuera motivo de escándalo;
conque mira de poder
complacerla sin agravio
de mi esposa y de la Corte...—
Y en la noche que ha pasado
mandé abrir ese balcón,
que por estar bajo el arco
no da a la plaza, y la plaza
ven los que están asomados.
Y en su baranda hoy verás
cómo se apoyan los brazos
de una hermosa comedianta,
a quien, si fama no han dado
sus destrezas en el arte
de hacer comedias, bastaron
sus bellezas de mujer
para lograr el aplauso
del pueblo y el corazón
del rey Don Felipe cuarto.
PAJE. ¿La Calderona?
SOPLI. Bien poco
tardaste en averiguarlo.
Ahora mira si no soy
para el rey más necesario
que esos que tanto presumen
de sus pañales hidalgos,
cuando en una sola noche
y debajo de ese arco
mandé abrir discretamente
"el Balcón de Marizápalos".
(Volviéndose indignado.)
¡Y andad a prisa, bergantes,
acabad pronto, bellacos,

que ya empiezan a llegar
los primeros cortesanos!
¿Habéis terminado?

PAJE. Sí.
Todo está listo.

SOPLI. Pues largo.

(Salen los pajes por la derecha. Pausa. Entra por la izquierda el alguacil Pedro Vergel, que cruza la escena, y al ir a salir por la derecha, se tropieza con Don Antonio de Mendoza.)

MEND. A mis soledades voy.

VERG. De mis soledades vengo.

MEND. Y perdónenos Frey Félix
traer su romance a cuento.
¿Aquí ya?

VERG. Cumplo, señor,
el deber que me han impuesto
nuestro rey y el conde-duque
de preparar los festejos.

MEND. Eso, Vergel, os demuestra
que os trata más como a deudo
el conde-duque que como
a su servidor modesto.

VERG. "Si como a deudo me manda,
yo le sirvo como a dueño.
y si rodar me ordenase
rodara sin miramiento,
que ser criado de quien
más que el rey manda en el reino
cosa es que sólo desprecian
o los locos o los necios."

MEND. "No todos, Vergel, servimos
para los oficios vuestros,
que el conde-duque os emplea
en tantos y tan diversos
menesteres que no sé
cómo atendéis todos ellos.
Difícil misión la vuestra,
pasarse el día corriendo
del Alcázar a las Losas,
de las Losas a los templos,
averiguando lo que hablan,
las intrigas descubriendo,

para perder a infelices
que otro mal no cometieron
que envidiar al conde-duque
su excesivo valimiento."

VERG. "Hago todo cuanto manda
porque cuanto soy le debo.
Vigila, dice, y vigilo;
enreda, manda, y enredo,
y ni el mal ni el bien me importan,
que a pensar no me detengo
si soy para muchos malo
cuando él me tiene por bueno."
El me paga con largueza.

SOPLI. *(Saliendo del balcón.)*
Y aunque mal pagara, tengo
por seguro que lo mismo
hicieras que estás haciendo,
que a servir a cualquier santo
de tantos que hay en el cielo
servir al mismo demonio
prefieres... Y no eres necio,
que santos hay a montones,
mas Dios está sobre ellos,
y demonios sólo hay uno,
pero es rey en los infiernos.
(Volviéndose a Mendoza.)
¿Que se miente por las Losas?

MEND. En menesteres ajenos
ocupado todo el día,
¿qué puedo saber yo de ello?

VERG. ¿Tanto trabajáis, señor?

SOPLI. Compone versos y versos
para que otro que no escribe
pueda ufanarse con ellos.
"Un Ingenio de la Corte"
se aprovecha de su ingenio...
—Antonio, de una comedia
voy a darte el argumento
para que tú me la escribas,
aunque yo la firme luego...—
—Hazme una amorosa lira
para que la firme, y presto
se la das en propia mano

a la dama de mis sueños...—
MEND. No es pequeña mi desgracia,
cuando los hijos que tengo
andan con otro apellido
por libros y florilegios.
¡Vive Dios, que es por demás
esto que estoy yo sufriendo,
aunque él sea rey de España
y yo modesto coplero!
(Don Luis de Haro, que ha entrado por la derecha, escucha las últimas frases de Soplillo y de Mendoza.)
HARO. Ya sabéis que hoy a los locos
dan oficio de correo.
Mirad a Villamediana,
correo mayor del reino,
y decid si me equivoco
en lo que os estoy diciendo.
Y explíqueme, ya que viene
el asunto tan a cuento:
¿qué crónica hizo usarced
del inexplicable incendio
de Aranjuez?
SOPLI. Y por mi vida,
señor de Mendoza, que ello
se presta a una linda sátira
cuya firma no sospecho
que os disputaría aquel
que firma vuestros sonetos.
HARO. Mucho murmura la Corte,
pues ella da ya por hecho
lo que no hay crónica que
precise con fundamento.
SOPLI. Fundamento sí le hay,
y crónica no tendremos
porque cronistas de reales
flaquezas no se hacen viejos.
MEND. Dicen que Villamediana
fué quien produjo el incendio
para llevarse a la reina.
HARO. ¿Dicen tal?
VERG. *(Aparte.)* ¿Qué estoy oyendo?
(Desde este momento, Vergel va y viene sin

intervenir en la conversación, pero prestando disimuladamente oído a lo que los otros dicen.)

MEND. Y aun con no haber hecho más
que intentar tal desacierto,
sospechando estoy que el conde
no ha de ver el año nuevo.
Pero decidme, Don Luis,
¿en qué quedó vuestro duelo?

HARO. Cuando supe ciertas cosas
que pasaron y me han hecho
comprender que el pobre conde
la razón está perdiendo,
le perdoné los agravios
y al lance dimos arreglo.

(Entra por la derecha don Luis de Góngora. Al verle suspenden los otros la conversación.)

GONGO. Bien hallados.

MEND. Bien venido,
Don Luis,

GONGO. ¿De quién se murmura?

HARO. ¿Cómo?

GONGO. Que es cosa segura
que al llegar he interrumpido
alguna murmuración;
la mano pongo en el fuego
al ver, con un palaciego,
a un poeta y a un bufón.
Pero no deben callar;
sigan la parla indiscreta
y dejen que otro poeta
les ayude a murmurar.

MEND. ¿Murmurar? No.

SOPLI. ¡Vive Dios!,
que lo neguéis sólo falta...
De Juan de Tassis Peralta
están hablando los dos.

HARO. Razón lleva.

MEND. Verdad es;
pero Soplillo, no mientas,
porque o yo no sé de cuentas
o aquí parlábamos tres.

HARO. Truhán como tú no he visto.

SOPLI. Mil veces me ocurre esto,

que soy hombre tan modesto
que hasta me olvido que existo.
Culpa es de vivir al lado
del señor que me mantiene;
tan poca memoria él tiene
que su mal me ha contagiado,
pues con frecuencia le vi
su corona olvidar, ciego,
en el primer palaciego
que encuentra cerca de sí;
desmemoriada persona
que se dejó por olvido
en la frente del Valido
olvidada la corona.
Es verdad que éste se afana
por que la siga olvidando.

GONGO. Basta. Continuad hablando
del señor Villamediana.

MEND. Se murmura que perdida
tiene el conde la razón
por culpa de una pasión
que va a costarle la vida.
Y lo malo es que esta vez
ya no hay quien de ello no hable,
y a Don Juan hacen culpable
del incendio de Aranjuez.

GONGO. Con no pequeña injusticia
son los hombres murmurados.

VERG. *(Dice aparte, marchándose por la derecha y siendo observado por Miguel Soplillo.)*
¡Un buen montón de ducados
va a valerme la noticia!

SOPLI. No hay bellaco como él.
Apuesto tres contra ciento
que ya se va con el cuento
a su amo.

GONGO. ¿Quién?

SOPLI. Vergel.

HARO. Dices verdad.

GONGO. ¡Dios me valga!

MEND. *(Prestando atención a un rumor de voces y de aplausos que llega de la plaza.)*
Mas ¿a quién aplaudirán?

HARO. ¿Son los reyes?
SOPLI. *(En el balcón.)* Es Don Juan,
que a la puerta descabalga.
Damas, pueblo y caballeros
le aclaman.
MEND. *(También al balcón.)*
Y trae con él
un relumbrante tropel
de lacayos y escuderos.
HARO. Por dondequiera que pasa
levanta esa admiración.
SOPLI. A un paje da su trotón,
saluda y entra en la Casa
Panadería.
MEND. Yo a dar
órdenes precisas parto,
que el rey Don Felipe cuarto
en venir no ha de tardar.
SOPLI. Os acompaño.
MEND. ¿Venís,
vos también, Haro?
HARO. Ya os sigo.
MEND. *(Marchándose por la izquierda con Soplillo.)*
No andéis reacio.
HARO. *(A Góngora.)* Un amigo
con vos quiere hablar, Don Luis.
GONGO. Don Luis, os escucho atento.
HARO. Para que tanto entretenga
lo que hablan, fuerza es que tenga
algún serio fundamento.
Y, como no se me esconde
lo que al conde queréis vos,
y como os juro por Dios
que yo también quiero al conde,
este buen consejo oíd,
que amigos labios lo dan:
haced, señor, que Don Juan
salga pronto de Madrid.
(Don Luis de Haro se va por la izquierda. El conde de Villamediana, que ha entrado por la derecha a tiempo de oír la advertencia que Haro le ha hecho a Góngora, se dirige a éste, que ha quedado pensativo.)

VILLAM. Mejor su tiempo aprovechen
los que eso piensen decirme,
que de Madrid no he de irme
a menos que no me echen.

GONGO. Don Juan, por última vez
quiero de eso hablar con vos.
Decidme, ¡válgame Dios!,
¿qué habéis hecho en Aranjuez?
¿Qué es esta nueva locura?
¿Es que habéis osado a tanto
que ya con pena y espanto
de vos la Corte murmura?
Decid.

VILLAM. Inútil porfía.

GONGO. Me escucharéis.

VILLAM. ¡No, por Dios!

GONGO. Ved que para hablar con vos
la propia reina me envía.
A vos en su nombre llego.

VILLAM. Lo que me ordenare acato.

GONGO. No traigo ningún mandato.
Vengo, don Juan, con un ruego.

VILLAM. ¿Qué pide?

GONGO. Que antes que el sol
brille de nuevo mañana
parta el de Villamediana
del territorio español.

VILLAM. ¿Es que a tal extremo llega
su odio que, por castigarme,
os manda a vos desterrarme?

GONGO. Ya os he dicho que os lo ruega.

VILLAM. Pues el ruego desde ahora
podéis decirla que tiene
cumplido.

GONGO. Callad, que viene
Doña Francisca Tabora.

VILLAM. *(Cogiendo a Don Luis de Góngora del brazo y llevándole hacia la derecha.)*
Como aún algo interesante
tenéis que escuchar de mí,
marchemos, Don Luis, de aquí.
(Sale por la izquierda Doña Francisca Tabo-

ra, a tiempo de poder detener a Góngora y a Villamediana.)

FRANC. Oídme, Don Juan, un instante.

VILLAM. Doña Francisca, perdón,
pero la amistad me llama
y es Don Luis quien me reclama
para una grave cuestión.

FRANC. *(A Góngora.)*
Y yo la esperanza abrigo
de que atenderéis mi ruego
y hablaréis al conde luego
de que haya hablado conmigo.

GONGO. *(Inclinándose galante.)*
Siempre para mí serán
las cosas que vos pedís
órdenes.

FRANC. Gracias, Don Luis.

GONGO. *(Después de saludar a Doña Francisca dice por lo bajo, al pasar al lado de Villamediana:)*
Torno a buscaros, Don Juan.
(Sale por la derecha. Villamediana se vuelve hacia Doña Francisca y exclama, como deseando acabar cuanto antes la conversación importuna que tantas veces trató de evitar.)

VILLAM. Hablad pronto, señora.
Mi presencia requiere
quien el sitio, galante, os ha dejado.

FRANC. Aguardad por mí ahora.
Justo es que por mí espere
quien ha sido por mí tan esperado.

VILLAM. El amor acabado
es muerto que se entierra...
Si en vuestro pecho el muerto
aún está descubierto,
yo lo he tapado ya con tanta tierra
que por más que buscara
ni las cenizas suyas encontrara.

FRANC. ¿Morir ese amor, conde?
Os escucho y aún dudo
de que vos lo digáis.

VILLAM. ¿Por qué motivo?

FRANC. ¿Cómo, cuándo ni dónde
morirse ese amor pudo,

si aún en mi pecho se estremece vivo?
Si me tenéis cautivo
el corazón, que diestro
fuisteis para robarme
tras de mucho jurarme
que a cambio suyo me quedaba el vuestro,
¿cómo pedís, impío,
que os deje el vuestro sin llevarme el mío?
Si vos mis pocos años
aprovechar supisteis
para arrancarme el corazón del pecho
con promesas y engaños,
¿qué de mi amor hicisteis?
y de mi honor, villano, ¿qué habéis hecho?

VILLAM. No disculpa el despecho
los agravios, señora.

FRANC. ¿Y disculpa el hastío
que con el amor mío
un hombre juegue como vos ahora?

VILLAM. Dejad, señora, el llanto.

FRANC. ¿Qué os hice yo para humillarme tanto?
¿En qué ofenderos pude?
¿Es que acaso he pecado
sin saberlo, Don Juan, en vuestra ausencia
para que tanto mude
aquel amor pasado
y el desprecio me dé por penitencia?
No; que fué mi existencia
cual la del peregrino
que camina sediento
y lleva el pensamiento
puesto en la única fuente del camino,
y más fatiga siente
cuanto más lejos se halla de la fuente.

VILLAM. Al hastío que llega
apagar le divierte
la pasión que en el alma ve encendida...
¿Y vais a ser tan ciega
que pidáis a la muerte
que explique por qué acaba con la vida?

FRANC. ¿No hay razón conocida
que os haya ido trayendo
el desamor que lloro?

VILLAM. Os digo que lo ignoro.
FRANC. Y yo os digo, Don Juan, que estáis mintiendo,
que no ha sido el hastío,
sino otro amor, el que me roba el mío.
Vuestro amor inconstante
a otra mujer adora.
VILLAM. Tal afirma el despecho.
FRANC. Y no se engaña.
VILLAM. ¿Quién es mi nueva amante?
FRANC. Don Juan...
VILLAM. Hablad, señora.
FRANC. Isabel de Borbón, reina de España.
VILLAM. ¿Qué decís?
FRANC. ¿Os extraña
que sepa este secreto?
Quien como yo os quisiera
lo mismo lo supiera.
Amor, para quien ama, es indiscreto,
y aunque oírlo os cause enojos,
sé que os amáis porque lo vi en sus ojos.
Cuando ella os habla hay tanto
fuego en sus ojos, conde,
como en los míos... Y por vos suspira,
por vos derrama llanto,
y a mí no se me esconde
que por vos tiembla cuando el rey la mira.
VILLAM. ¡Mentira!
FRANC. ¡No!
VILLAM. ¡Mentira!
FRANC. Ante el rey, la cabeza
inclina vuestra amante
si vos estáis delante;
a solas, triste, su pecado reza
y, confundiendo al hombre,
un día al rey le ha dado vuestro nombre.
VILLAM. ¿Qué me decís, señora?
¿Es verdad que me ama?
¿Tal vez, Dios mío, soñaré despierto?
¿Por mí la reina llora?
¿Es cierto que me llama?
¡Señor, Señor!, ¿qué cielos has abierto
a mi alma, que advierto
como una luz divina

que de pronto desciende
del cielo y que desprende
un resplandor que todo lo ilumina,
igual que si rompiera
niebla invernal un sol de primavera?
(Dice esto enajenado por lo que acaba de saber, sin darse cuenta siquiera del dolor que su alegría y sus palabras producen a Doña Francisca. Esta gime, contemplándole con amargura que empieza a ser rencorosa.)

FRANC. Dios mío, ¿la ama tanto
que contener no puede
ante mi sufrimiento su locura?
¿Es que no le da espanto
que sin razón me quede
y en odio se convierta mi amargura?

VILLAM. ¿Es cierta mi ventura?
¿Mi pasión la reclama,
y ella me corresponde
aunque, medrosa, su pasión esconde?
¡Si es que sueño despierto que me ama,
Señor, dame la muerte
antes de que del sueño me despierte!
(Con la cabeza entre las manos, tan rebosante de dicha que quisiera llorar, cae sentado en uno de los escabeles, como si le faltaran fuerzas para sostener el regocijo que le llena el alma. Doña Francisca le contempla rencorosamente y se dice a sí misma:)

FRANC. ¿Sin atender mi queja,
sin mirar que me hiere,
porque le ama da gracias a los cielos
y por ella me deja?...
¡Sea, pues, que lo quiere!
¡Arda amor en la hoguera de los celos!
El desengaño alcanza
en el odio ventura.
¡Vuélvase amor locura
y la locura tórnese en venganza!
¡Gozad vuestra alegría,
pero temed a la venganza mía!
(Desaparece por la derecha. Villamediana levanta la cabeza lentamente y se pasa las manos

por los ojos, como quien despierta de un profundo sueño; mira a su alrededor, y al no ver a Doña Francisca, un gesto de dolorosa duda se pinta en el rostro.)

VILLAM. Doña Francisca... ¿Qué es esto?
¿Dónde está? ¡Si habré soñado!
No, no soñé...

GONGO. *(Entrando.)* Desdichado,
¿habláis solo? Por supuesto
que ello ha de extrañarme poco,
porque es de locos manía
y nunca en la vida mía
he visto loco tan loco.

VILLAM. Si en la locura me pierdo
culpad a quien la ocasiona.

GONGO. Al que de loco blasona
le queda mucho de cuerdo.
En fin... ¿Quedamos en que hoy
os partís, Villamediana?

VILLAM. No.

GONGO. ¿Mañana?

VILLAM. Ni mañana.

GONGO. ¿Qué decís?

VILLAM. Que no me voy.

GONGO. Lo pide la reina.

VILLAM. No
lo juraréis vos, de fijo.

GONGO. Pues bien: si ella no lo dijo
contad que lo digo yo.
Pues sabed que ya, Don Juan,
temo por vuestra existencia
y son cariño y prudencia
quienes el consejo os dan.

VILLAM. ¿Cómo amor de amigos puede
infundirme esos temores,
si el amor de mis amores
me aconseja que me quede?

GONGO. No tendréis la pretensión
de que crea que os impida
que os vayáis el que os lo pida
Doña Isabel de Borbón.

VILLAM. ¿Y si lo hiciera, Don Luis?

GONGO. Que os marchéis, firme y serena,

continuamente os ordena,
y de sus labios oís
que veros la causa enojos.

VILLAM. Quien la crea se equivoca.
Al mandar eso su boca
ved lo que ruegan los ojos;
porque cuando se alza airada
son sus enojos mentidos,
que con la voz dice: —¡Idos!—,
y —¡Quedad!— con la mirada.

GONGO. Lo ve vuestra vanidad.

VILLAM. Y vuestra bondad lo niega.

GONGO. ¡La vanidad es tan ciega!...

VILLAM. ¿Y no es ciega la bondad?

GONGO. Yo sé que contra vos clama.

VILLAM. Yo sé que al hacerlo miente.

GONGO. Os desprecia.

VILLAM. No lo siente.

GONGO. Sé que os odia.

VILLAM. Sé que me ama.

GONGO. Que os huye deciros puedo.

VILLAM. Tiene miedo de mirarme.

GONGO. Con vos me ve y va a buscarme.

VILLAM. De no verme tiene miedo.

GONGO. Contra vos mi ayuda implora.

VILLAM. Su amor a ceder empieza.

GONGO. Os maldice.

VILLAM. Luego reza.

GONGO. Os insulta.

VILLAM. Luego llora.

GONGO. Su rezo es piedad.

VILLAM. Temor.

GONGO. ¿Temor de que?

VILLAM. De ceder.

GONGO. Es reina.

VILLAM. Es más: es mujer.

GONGO. ¿Qué hay sobre el trono?

VILLAM. El amor.

GONGO. ¿Qué es amor?

VILLAM. De él puedo hablar
y a definirlo no atino,
que lo que toca en divino
nadie lo puede explicar.

Oí mil veces de vos
que es Dios tan indescifrable
que por más que de él se hable
nadie dirá lo que es Dios.
GONGO. Pero ¿qué es el amor?
VILLAM. Pues
una idea no expresada...
el misterio... todo... nada...
El amor es lo que es.
Y todo es por el amor
y sin amor nada fuera.
GONGO. ¿Ni el mismo Dios existiera?
VILLAM. Tengo ha tiempo ese temor.
Coged una flor, dejadla
sin planta que la encadene;
el tallo que la sostiene
quitad también; desnudadla
como si una mujer fuera,
arrancadla la corola,
dejadla sin una sola
de las hojas que vistiera;
con todo detenimiento
el gineceo rasgad
y de él el polen tomad
y echadlo después al viento,
y si hay algo de la flor
que en vuestra mano se quede
quién sabe si aquello puede
ser el alma del amor.
GONGO. ¿El perfume?
VILLAM. No. El aroma
tiene cuerpo material,
y amor es espiritual,
aunque a veces cuerpo toma.
Ese perfume coged,
metedlo en un recipiente
luminoso y transparente
y, haciendo el vacío, ved
si el perfume de la flor
alguna esencia ha dejado,
y quizás habréis hallado
el aroma del amor.
Coged un fino puñal

y, rasgándome la piel,
enterradlo todo él
en esta carne mortal;
en precipitada huída
la sangre veréis que brota,
y cuando la última gota
se descuelgue de la herida,
con la sabia precaución
de un mimoso cirujano,
meted por ella la mano
y sacadme el corazón;
abridlo, buscad en él,
ved lo que en su fondo habita,
y si aún algo allí palpita
llevadlo a Doña Isabel;
fuera el presente mejor
que en el mundo recibiera,
porque eso, tal vez pudiera
ser el alma del amor.
Buscad alas y, con vuelo
de águila caudal que sube,
remontaos a la nube
más alta; pasad el cielo,
dejad atrás a los astros,
apartad constelaciones,
ascended a las regiones
donde ya no existan rastros
de lo creado, al lugar
en que los soles no alumbran,
ni los perfumes se encumbran,
ni el sonido ha de llegar,
y cuando os halléis sumido
donde la nada se sume,
si encontráis algún perfume,
si escucháis algún sonido,
si veis algún resplandor,
rezad e hincad la rodilla...
Si algo suena, huele o brilla,
eso es, Don Luis, el amor.

GONGO. Eso es Dios.

VILLAM. Puesto que vos
a decírmelo venís,
al fin ya sabéis, Don Luis,

que amor es el mismo Dios,
Dejadme, por tanto, en calma;
siendo ello Dios, no me atrevo
a matar esto que llevo
metido dentro del alma.
GONGO. Mas, como discreto hidalgo,
podéis al menos, si fuerte
no os sentís para dar muerte
a ese amor, tenerlo algo
más secreto.
VILLAM. Tarde llega
tal consejo, porque hoy,
tan envanecido estoy
con ese amor, y me ciega
la alegría de tal modo,
que hasta el nombre de mi dama
diera a la pública fama,
aunque lo perdiera todo.
GONGO. ¡Infeliz!
VILLAM. Alguien me dijo
hoy tales cosas, que siento
que si a todos no les cuento
mi secreto regocijo,
a perder voy la razón,
porque hoy la alegría mía
es demasiada alegría
para un solo corazón.
GONGO. Contened vuestra locura.
VILLAM. ¡No puedo, Don Luis, no puedo!
Miedo al dolor tuve y miedo
hoy me da tanta ventura.
GONGO. Ved, Don Juan...
VILLAM. Vana porfía
es la vuestra.
GONGO. No porfío;
pero creo deber mío
deciros que se os espía,
porque el odio y la traición
hicieron ayuntamiento
y preparan el momento
de vuestra condenación.
VILLAM. ¿Quién manda espiarme?
GONGO. Aquel

a quien ello le interesa:
Olivares.

VILLAM. Y en la empresa
¿quién le da ayuda?

GONGO. Vergel.

VILLAM. Vil amo y criado vil...
Pero si no me da miedo
de la muerte, menos puedo
tenerlo de un alguacil.

(Entra por la derecha el conde-duque de Olivares, seguido de Pedro Vergel.)

OLIVA. Madrugan nuestros poetas,
que al llegar esta mañana
a ver la fiesta de toros
me tropecé en esta estancia
con Guevara y con Frey Lope,
y esta tarde, a mi llegada,
son los primeros que topo
Góngora y Villamediana.

VILLAM. No habléis de topar, señor,
que el rubor sube a la cara
del buen alguacil Vergel
cuando escucha esta palabra.

VERG. ¿Decís eso por el susto
que me dió el toro en la plaza?

GONGO. De ello habla el conde sin duda.

VERG. Tengo la estrella contraria
desde algún tiempo a esta parte.

OLIVA. Cierto, que la vez pasada
también aquel toro cárdeno
le hizo rodar por la plaza.

VILLAM. Toros serán forasteros
los que en tal forma le tratan,
pues si más le conocieran
mejor le consideraran.
Menos mal que nuestro rey
le dará crecida paga,
que si las fiestas de toros
es Vergel quien las prepara,
ya que se expone á los cuernos
saque a los cuernos ganancia.

OLIVA. *(Para desviar la conversación.)*
Y vos, conde, ¿ya dispuesto

estáis a jugar las cañas?
VILLAM. Lo estoy.
OLIVA. ¿Con quién las jugáis?
VILLAM. Con el marqués de Almenara
con Medina de las Torres,
con Orgaz y con Azagra.
OLIVA. Siendo la vieja costumbre
llevar bordado en la banda
el mote donde se diga
con poéticas palabras
algo del amor que siente
quien la ciñe por su dama,
estoy curioso por ver,
conde de Villamediana,
qué amor os tiene ocupados
los interiores del alma.
VILLAM. Sabed, señor conde-duque,
que una divisa tan clara
me pondré, que será torpe
quien no conozca a mi dama.
Y dejad que a disponer
a mis servidores vaya,
que me ensillen los caballos
y me preparen las cañas.
OLIVA. Id, conde.
VILLAM. Y al alguacil
Vergel decidle que nada
malo en mis palabras hubo,
y si al oír mis palabras
se pica, sepa que debe
picarse más en la plaza,
que en la plaza están los cuernos
y es donde a picar se baja;
y añadidle que le dé
mis memorias a sú dama,
que debe asustarse mucho
cuando Vergel entra en casa.
(Riéndose, sale por la izquierda, seguido de Don Luis de Góngora.)
VERG. ¿Oísteis?
OLIVA. Paciencia. Pronto
tendrás cumplida venganza.
Si la nueva del incendio

que tú de decirme acabas
es cierta, yo te aseguro
que esos agravios nos paga
con creces el atrevido
conde de Villamediana.
Doña Francisca Tabora
ya debe estar en la Casa
Panadería. Que espero
ve a decirla.
(En este momento entra por la derecha Doña Francisca Tabora.)

FRANC. No hace falta.
Si el conde-duque me busca,
yo al conde-duque buscaba.
(Vergel, discretamente, hace mutis derecha.)

OLIVA. Os ofrezco cuanto valgo,
y Dios en verdad me honrara
si el momento me depara
de seros útil en algo.

FRANC. Pues id haciendo memoria
de cierta historia de amor
a la que hoy reza el dolor
su triste jaculatoria;
poema de amor que en secreto
quiso vivir una dama
y que acabó en epigrama
al transformarlo en soneto
poeta que se respeta
como hidalgo, al parecer,
e hidalgo dejó de ser
para quedarse en poeta.

OLIVA. La dama que triste llora
el muerto amor de ese hombre
sé quién es.

FRANC. Decid su nombre

OLIVA. Doña Francisca Tabora.

FRANC. ¿Sabéis que su corazón
me lo ha robado otra dama?

OLIVA. Lo sé.

FRANC. ¿Y que ella se llama...?

OLIVA. Doña Isabel de Borbón.

FRANC. ¿Sabéis que la adora?

OLIVA. Sí.

FRANC. ¿Y que a la pasión del conde
también ella corresponde?
OLIVA. ¿Quién lo dijo?
FRANC. Yo lo vi.
OLIVA. Los celos mienten abrojos
donde florecen las rosas...
FRANC. Estoy hablando de cosas
que vi con mis propios ojos.
OLIVA. Perdón si, por una vez,
creo que estáis engañada.
FRANC. ¿Es que vos no sabéis nada
del incendio de Aranjuez?
OLIVA. ¿Qué decís? *(Impaciente.)*
(Disimulando.) Aún el suceso
no me he podido explicar.
FRANC. Pues yo os juro, Don Gaspar,
que todo fué por un beso
y nada más que por eso.
OLIVA. No lo entiendo.
FRANC. Oíd entera
la historia. Daba a su fin
la tarde de primavera
y, desde la honda ribera
del Tajo, saltó al jardín
la noche. Blanca y flotante,
desde la orilla inmediata,
la luna, en cuarto menguante,
resbaló, suave y brillante,
como góndola de plata;
en las aguas temblorosas,
como púdicas doncellas,
las estrellas, temerosas,
se bañaban. Y eran rosas
luminosas las estrellas.
Junto a la ribera brilla
un lucero, y un jilguero
desde un alto limonero,
se descuelga hasta la orilla
para beberse el lucero.
Y en una oculta glorieta,
temblando como un poseso,
llora y maldice un poeta,
y su llanto es por un beso

y nada más que por eso.
La soledad es propicia
para su dolor. Al fin,
una dulce voz inicia
una canción que acaricia
la soledad del jardín.
El viento, hasta aquí durmiente,
escucha la voz que canta
y después, nerviosamente
se estremece, y de repente
se despierta y se levanta.
Están las flores abiertas
para escuchar las canciones
y, entre las sombras inciertas,
toman las hojas despiertas
figuras de corazones.
Y el poeta, a quien exalta
la belleza del momento
y a quien sobra amor y falta
cordura, ve que le asalta
un osado pensamiento;
medita, duda y carrera
veloz emprendiendo al fin,
escapa cual si quisiera
huir de la primavera
que ha envenenado el jardín.
La voz acariciadora
le atrae como el sol al preso
y, aunque lo que busca ignora,
corre sólo por un beso
y nada más que por eso.
Ayes, gritos, llamaradas,
gentes que vienen y van,
crujir de sedas rasgadas,
y en la oscuridad Don Juan
que llega corriendo al fuego
y desaparece en él
y, más que valiente, ciego,
de las llamas sale luego
llevando a Doña Isabel
en sus brazos desmayada...
Escapa en carrera loca,
y en la glorieta apartada,

en la boca de la amada
pone un beso de su boca.
Y, pues sabéis el suceso,
decid conmigo a la vez
que ardió sólo por un beso,
y nada más que por eso,
el teatro de Aranjuez.

OLIVA. Don Juan de Tassis Peralta
y nuestra reina, al abrigo
están de todo castigo
porque una prueba nos falta.

FRANC. Es que una dama indiscreta,
que como dama es curiosa
y como amante celosa,
fué después a la glorieta,
y ved, Don Gaspar, por dónde
llamó su atención el brillo
de este bordado bolsillo
con el escudo del conde.
(Mostrándole una pequeña bolsa, que el conde-duque coge satisfecho.)

OLIVA. Es del conde; mas quisiera
una prueba de más peso.

FRANC. ¿Es que esto no basta?

OLIVA. Eso
puede perderlo cualquiera.

FRANC. ¿Y es, señor, tan natural
haber allí mismo hallado
este pañuelo bordado
con la corona real?
(Dándole un pañuelo, que el conde-duque mira con mayor satisfacción.)

OLIVA. No pasarán de curiosas
por separado perdidas;
mas las dos cosas unidas
pueden probar muchas cosas.

FRANC. Conde-duque, ¿con vos cuento
para mi venganza cierta?

OLIVA. Sí.

VERG. Los reyes a la puerta
llegan en este momento.
(Vergel dice esto asomándose por la derecha.)

OLIVA. Vengaros será mi ley

y de tal modo es así,
que antes que el rey llegue aquí
a hablar yo voy con el rey.
(El conde-duque de Olivares sale por la derecha seguido de Vergel. Entran por la izquierda Don Antonio de Mendoza, Miguel Soplillo y algunos pajes. Doña Francisca queda como esperando a los reyes en la puerta de la derecha.)

MEND. ¿Son los reyes?
FRANC. Ellos son.
SOPLI. *(A los pajes.)*
¡Vamos! ¡Cada uno a su puesto!
MEND. Mira tú si bien dispuesto
está todo en el balcón.
SOPLI. *(Observando el balcón.)*
Nadie le pondrá reparo.
FRANC. Ya sube la soberana.
MEND. *(A un paje.)* Avisa a Villamediana,
a Orgaz y a Don Luis de Haro.
No hagan que el rey les aguarde,
que, siendo los caballeros
que deberán los primeros
jugar cañas esta tarde,
la etiqueta palaciega
les obliga aquí a venir
para la venia pedir
a su rey.
FRANC. La reina llega.
(El paje sale por la izquierda. Entra por la derecha la reina doña Isabel con la infanta Doña María. Las siguen Don Baltasar de Zúñiga, Fray Antonio de Sotomayor, Doña Leonor Pimentel, Doña María de Guzmán, Doña Antonia de Acuña, Doña María de Aragón, Doña Isabel de Aragón, Don Luis de Góngora y Don Francisco de Contreras, además de otras damas y algunos caballeros.)
INFAN. Hermoso sol de verano
el que lució todo el día.
ISABEL. Dios demuestra, hermana mía,
no dejarnos de su mano,
pues de tal modo nos presta
sus favores celestiales,

que en estas fiestas reales
hasta el sol está de fiesta.
¿Mas y el rey?

M. GUZ. En el zaguán
mi padre le salió al paso
y oí que de un grave caso
hablando los dos están.

INFAN. ¿Venís esta tarde, hermana,
a divertiros dispuesta?

ISABEL. Bastante más que en la fiesta
de toros de esta mañana.
Ver jugar cañas divierte
y como juego me gusta;
ver picar toros me asusta
porque es jugar con la muerte.

INFAN. Por lo mismo que lo hallo
peligroso, yo prefiero
mirar cómo un caballero
saca ileso su caballo
tras dar al toro castigo,
como han hecho esta mañana
primero Castell-Rodrigo
y después Villamediana.

SOPLI. Si en picar toros maestro
es Castell-Rodrigo, donde
se ponga a picar el conde
no hallaréis otro más diestro.

ZÚÑIG. Es tan osada su calma,
tan cerca del toro estuvo,
que un cuarto de hora me tuvo
pendiente de un hilo el alma.

ISABEL. En continuo sobresalto
a mí me tuvo también.
(Entra por la derecha el rey Don Felipe IV, seguido de Olivares. El rey se detiene a escuchar las palabras de la reina, y la frase con que interrumpe tiene tanto de ironía como de amenaza. La reina, sin darse cuenta de la presencia de su esposo, dice entusiasmada:)
¡El conde pica muy bien!

FELIPE. Pica bien, pero muy alto.
(Zúñiga y Mendoza se acercan al rey como pa-

ra pedirle órdenes. La reina se acerca a Doña Leonor y le dice por lo bajo, temerosa.)

ISABEL. Son sus palabras extrañas...
MEND. Señor, los tres caballeros
que deben ser los primeros
en ir a jugar las cañas
quieren cumplir con la ley
de implorar vuestra licencia.
FELIPE. Lleguen, pues, a mi presencia.
MEND. Señores, espera el rey.

(Esto lo dice dirigiéndose a la puerta de la derecha, donde han aparecido el conde de Villamediana, Don Luis de Haro y el conde de Orgaz. Los tres llegan vestidos para el juego de cañas. Villamediana trae un traje bordado con reales de plata de a ocho y sobre él una banda con un mote que dice: "Son mis amores..." En la banda de Orgaz se lee: 'Me da vida quien me adora". En la de Haro: "Mi amor es de quien lo quiera."

FELIPE. Bien venidos son Orgaz
y Villamediana y Haro:
Mas oídme, esposa mía:
habíame ya olvidado
que tengo aquí para vos
y para el conde un encargo.
Para vos, este pañuelo
al que debéis tener algo
de estimación, pues él es,
señora, si no me engaño,
una prenda del equipo
que el día que nos casamos
a la esposa que me daban
yo entregué como regalo.
En el jardín de Aranjuez
aseguran que lo hallaron.
Tomad. Para vos, Don Juan,
tengo este bolso bordado
que, por simple coincidencia,
junto al pañuelo encontraron.
ISABEL. ¡Dios mío! *(Aparte.)*
VILLAM. Señor...
FELIPE. Y ahora,

caballeros, acercaos.
Quiero conocer los motes
que en vuestras bandas bordaron.
"Me da vida quien me abrasa",
dice el de Orgaz, y lo hallo,
yo que sé vuestros amores,
a vuestro amor ajustado.
"Mi amor es de quien lo quiera."
¡Buen mote, Don Luis de Haro!
Que amáis a todas las damas
viene a decirnos bien claro.
Mas vuestro mote, Don Juan,
no es tan fácil descifrarlo.
"Son mis amores...", es frase
que, por decir demasiado,
nada dice.

OLIVA. Y eso, conde,
que escuché de vuestros labios
que el mote que vos llevarais
sería en extremo claro.

VILLAM. Y es tan claro, conde-duque,
lo que él dice, que me extraño
de que vos, tan malicioso,
tardéis en averiguarlo.

OLIVA. Decidlo vos.

VILLAM. Ya está dicho
y os afirmo que mis labios
no hablarán más claramente
que os está hablando el bordado.

SOPLI. Yo sé lo que el mote dice.

FELIPE. Sepamos, bufón, sepamos.

SOPLI. Si de reales de a ocho
se cubre el pecho, debajo
de la banda donde escribe
"Son mis amores...", es llano
que el mote quiere decir,
y apuesto que no me engaño,
"Son mis amores, dinero."

FELIPE. Que bien os cuadra no hallo.
¿Acertó el bufón?

VILLAM. Pensad
si soy, señor, tan avaro
que así el dinero me importe.

Y, si dais licencia, vamos
a la plaza, que impacientes
piafan nuestros caballos.

FELIPE. Id, señores.

VILLAM. *(Al pasar, al conde-duque.)*
Pensativo,
conde-duque, os he dejado.
Pensad, pensad, Don Gaspar,
porque mi mote es más claro
que la misma luz del sol
que está la plaza alumbrando.

(Villamediana, Orgaz y Haro se van por la izquierda, seguidos de Mendoza. Olivares dice aparte, mirando a Villamediana.)

OLIVA. De necio tengo yo menos
que tienes, conde, de osado.
(En alta voz.)
Del mote del conde hallé
la solución.

FELIPE. Explicádmelo.

OLIVA. Si de reales de a ocho
el pecho lleva bordado
y escrito "Son mis amores...",
dice su mote bien claro:
"Son mis amores, reales."

ISABEL. ¡Dios mío! *(Aparte.)*

GONGO. *(Lo mismo.)* ¡Loco!

LEONO. *(Lo mismo.)* ¡Insensato!

FELIPE. ¿Reales son sus amores?
Mote atrevido y osado.
(De la plaza llega el sonar de los clarines y el clamor con que el pueblo recibe a los caballeros que han de jugar las cañas.)
Mas id, señora, al balcón,
que los clarines tocaron.

(Todos, menos el rey, que queda pensativo en primer término, se dirigen a los balcones. El conde-duque y Doña Francisca Tabora llegan al foro y se detienen esperando a los reyes, uno a cada lado del balcón, cruzando una mirada de inteligencia. La reina, temerosa y emocionada, va hacia el balcón, apoyándose en el bra-

zo de Doña Leonor Pimentel, que la pregunta por lo bajo, mientras el rey las observa.)

LEONO. ¿Tembláis?

ISABEL. ¡Tiemblo por el conde!

LEONO. El rey observa; calmaos.

(Entran en el balcón. Doña Francisca las sigue. Olivares dice al rey.)

OLIVA. ¿No venís a ver la fiesta?

FELIPE. Vamos, conde-duque, vamos.
¿Reales son sus amores?
¡Pues yo se los haré cuartos!

(Suena un nuevo toque de clarines.)

TELON

ACTO CUARTO

Pequeña antecámara en las habitaciones particulares del rey Don Felipe IV, en el antiguo alcázar de Madrid. Una puerta a la derecha, que supone comunicar con dichas habitaciones, y otra a la izquierda. Al foro, una más amplia que da a una galería practicable, por la que pasean hablando la infanta Doña María, Doña María de Aragón y Doña Antonia de Acuña; de cuando en cuando se detienen a observar el juego de naipes en el que están abstraídos el conde de Orgaz y otros dos caballeros. En la antecámara, y a la derecha, también juegan a los naipes el conde de Villamediana, Don Luis de Haro y Don Antonio de Mendoza; Doña Isabel de Aragón y dos caballeros contemplan la partida en pie. En primer término a la izquierda hablan por lo bajo la reina Doña Isabel y Doña Leonor Pimentel.

VILLAM. Juego cien ducados más.

MEND. Y ya mi bolsa se agota.

HARO. El siete.

VILLAM. **Gana la sota.**

MEND. Yo tengo el rey.

VILLAM. Y yo el as.

(Siguen jugando. La infanta y Doña Antonia de Acuña, acompañadas de Doña María de Aragón, dejan de pasear por la galería y entran en la antecámara, dirigiéndose a la reina.)

LEONO. ¿Qué os impacienta, señora?

ISABEL. Media tarde ha transcurrido

y aun mi esposo no ha salido
de su cámara.

A. ACU. *(Acercándose.)* Una hora
Olivares con el rey
lleva en audiencia secreta.

M. GUZ. Acaso a los dos sujeta
alguna enredosa ley.

INFAN. Algo muy grave ha pasado,
que mi hermano, que Dios guarde,
nunca ha perdido una tarde
con los negocios de Estado.

ISABEL. "Que es anuncio de pesares
dice mi presentimiento
el extraño alejamiento
de mi esposo y Olivares."

LEONO. "Ved que se ocupan los dos
en los negocios de Estado."

MEND. *(Jugando.)*
"Pongo el último ducado."

HARO. "El tres."

VILLAM. "Perdéis."

HARO. "¡Vive Dios!"

INFAN. Pues yo a comprender no llego
cómo no se halla mi hermano
con las cartas en la mano,
gustando tanto del juego.

VILLAM. *(Jugando.)*
Cien ducados más apuesto.

MEND. Sólo de veinte dispongo.

VILLAM. Los cien ducados os pongo,
y hasta quinientos os presto.

HARO. Decid si de buena ley
son mis oros.

MEND. Juego.

HARO. Fallo.

VILLAM. Gano yo con el caballo,
Don Luis.

OLIVA. *(Apareciendo en la derecha.)*
¡Servicio del rey!

HARO. *(Deja de jugar y acude.)*
A sus órdenes estoy.

OLIVA. ¿Sois el noble de servicio?

HARO. Me honraron con ese oficio

por todo el día de hoy.

OLIVA. Decid a Pedro Vergel
que a la real cámara entre.
Se encuentre donde se encuentre
no volváis aquí sin él.
(Se dirige a cumplimentar a la reina. Haro llega a la mesa donde jugaba y dice a Doña Isabel de Aragón.)

HARO. Doña Isabel, ¿vos queréis
seguir por mí la partida?

I. ARAG. Y me siento decidida
a ganar lo que perdéis.
(Se sienta en el puesto de Don Luis de Haro; éste se marcha por el foro. Las damas, menos la reina, que habla con Olivares y Doña Leonor, que la acompaña, se acercan a ver jugar a Doña Isabel de Aragón.)

ISABEL. *(A Olivares.)*
¿Aún el rey no ha terminado?
Muy graves cosas ocurren
cuando él, a quien tanto aburren
los asuntos del Estado,
y que de su pasión ciega
por los naipes, hace alarde,
no salió en toda la tarde
sabiendo que aquí se juega.

OLIVA. Si no hubiera fanfarrones
que ofenden con su osadía
al rey, éste no tendría
tamañas ocupaciones;
y perdonad que discreto
no hable más de tal asunto,
porque el rey en este punto
me ha suplicado el secreto
y son sus súplicas ley.

ISABEL. La reina soy y no hay cosa
que el rey no cuente a su esposa.

OLIVA. Pues por eso dejo al rey
que os haga la confidencia.
Yo os prometo que no tarda.

ISABEL. Escuchad.

OLIVA. El rey me aguarda.

ISABEL. Oíd.

OLIVA. Con vuestra licencia.
(Hace una inclinación respetuosa y desaparece por la derecha. Doña Isabel se dirige a Leonor.)

ISABEL. Con lo que dice me insulta,
con lo que calla me ofende...
De sus frases se desprende
no sé qué amenaza oculta
y siento que por momentos
una inexplicable pena
mi alma lentamente llena
de tristes presentimientos.
"Dijérase que adivino
que en un porvenir cercano
la desgracia arma su mano
para salirme al camino.
Hace ya días que advierto
que esta inquietud mía crece
con cada sol que amanece,
y pensando me despierto
que el desconocido mal
que mi corazón espera,
antes de que el sol se muera
me va a clavar su puñal."

LEONO. Esa inquietud que os asalta
debéis olvidar.

ISABEL. No puedo;
de día la tengo miedo,
de noche me sobresalta.
Que se ponga el sol ansía
mi alma en cuanto amanece,
pero apenas anochece
tiemblo porque no es de día.
Llorando medrosamente,
cuando despierto me digo:
¿Qué dolor traerá consigo
la luz de ese sol naciente?
Y, al ver tras de mi ventana
la noche, a pensar me doy:
¿Qué dolor a encontrar voy
cuando despierte mañana?
Mi pobre alma es igual
a aquella paloma blanca
que tranquilamente arranca

las espigas del trigal,
y alza los ojos al cielo,
y queda de pronto quieta,
y, medrosamente, aprieta
su plumaje contra el suelo.
Tú la ves temblar cobarde
y acaso te ríes de ella,
que nada turba la bella
serenidad de la tarde...
Mas si en la lejana loma
vieras un punto que avanza
y que sólo a ver alcanza
la vista de la paloma,
comprendieras el afán
que ella de esconderse tiene,
porque es la muerte quien viene
con forma de gavilán.
De igual forma el alma mía
se agita medrosamente,
y es que al gavilán presiente
volando en la lejanía.

LEONO. Entrad, señora, en razón.

SOPLI. *(Gritando dentro.)*
"¡Vita bona! ¡Vità bona!
¡La Chacona! ¡La Chacona!"
(Entrando.)
¡Oigan todos al bufón!
(Con tono altisonante y desde el centro.)

En el Brasil se mete el luterano.
Inglaterra y la Persia son ladrones
que a Ormuz miran con malas intenciones.
Nuestra España saquea el africano.

Tiene Lima las armas en la mano.
Abundan en palacio los ladrones.
Van quedando sin blanca los arcones
de Felipillo, nuestro rey cristiano.

El pueblo pide pan. Engorda el clero
procurando que todo se trabuque...
Y dice el rey Felipe: Dar aguardo

remedio a tanto mal, por eso quiero
que al conde de Olivares llamen duque
y nos vayamos a cazar al Pardo.

(A la reina.)
Este soneto, Isabel,
que, de versos malos lleno,
tan sólo tiene de bueno
las verdades que hay en él,
un mal poeta indiscreto
me ha venido recitando
y así se marchó gritando
tras de decirme el soneto:
¡Vita bona! ¡Vita bona!
¡La ruina de España avanza;
pero España, alegre, danza
la danza de la Chacona!

ISABEL. Ya te dije que no quiero
que delante de mí cuentes
las diatribas maldicientes.
que oyes en el Mentidero.

SOPLI. ¡Oíd otra nueva curiosa!
Por ser orador sagrado
ha sido ayer desterrado
Fray Gregorio de Pedrosa.
Sus sermones ejemplares
molestaban al Valido,
y al fin desterrado ha sido
por Zúñiga y Olivares.

VILLAM. *(Levantando la cabeza.)*
Un ladrón y otro perverso
desterraron a Pedrosa
porque les predica en prosa
lo que yo les digo en verso.
(Jugando.)
Vuelvo de nuevo a ganar.

SOPLI. Oí que se lo decía
su esposa Doña María
al conde de Salazar.
Y escapé del matrimonio,
que ella es tan fea y tan feo
es él, que donde les veo
les huyo como al demonio.

INFAN. Gran verdad dice el bufón.
Es pareja tan horrible
que me parece increíble
que existan.
VILLAM. Tan feos son
que al de Salazar ayer
mirarse a un espejo vi
perdiéndose el miedo a sí
porque miró a su mujer.
(*Sigue jugando.*)
SOPLI. Iban con Don Juan de España,
el rey de la poetambre
que no se muere de hambre,
porque adula y acompaña
de continuo a todo aquel
que a invitarle está propicio.
No cenar en casa es vicio
de que se envanece él.
VILLAM. (*Alzando la cabeza.*)
Jura Don Juan por su vida
que nunca cena en su casa,
y es que sin cenar se pasa
cuando otro no le convida.
ISABEL. Bien gana el conde la fama
de burlón de que blasona,
que para toda persona
tiene el conde un epigrama.
HARO. (*Entrando por el foro y llegando a la puerta de la derecha, en la que después aparece un paje.*)
¡Servicio del rey!
(*Al paje que sale.*)
Que fuera
por Vergel se me ha ordenado.
PAJE. Hace tiempo es aguardado.
HARO. (*Llegando al foro.*)
Vergel, el rey os espera.
(*Vergel entra por el foro, y Villamediana, al verle, dice riendo.*)
VILLAM. ¡Qué galán viene Vergel
con cintillo de diamantes!
Diamantes que fueron antes
de amantes de su mujer.
(*Vergel, que ha llegado a la puerta de la dere-*

cha, se detiene, mira a Villamediana, luego a la reina, y silenciosamente desaparece con el paje por el sitio indicado. Don Luis se acerca a la mesa donde juega por él Doña Isabel de Aragón.)

HARO. ¿Ganáis, señora?
MEND. No hay modo;
nos gana el conde a los dos.
I. ARAG. Un caudal dejasteis vos
y lo perdí casi todo.
(*A Villamediana.*)
Nadie, conde, os aventaja.
MEND. (*Levantándose.*)
¡Que en el infierno mal fin
tenga Nicolás Pepín,
inventor de la baraja!
ISABEL. Veo, Mendoza, que mal
la fortuna os ha tratado.
MEND. Ducado tras de ducado
perdí todo mi caudal.
HARO. (*Aparte a Villamediana.*)
Puede que nada le sobre,
conde de Villamediana,
en cuanto os pague mañana
lo que os adeuda.
VILLAM. ¿Tan pobre
le dejé? Pues que el demonio
llévese mi buena estrella
si vino a ser causa ella
de su ruina.
(*A Mendoza, en alta voz.*)
Don Antonio,
desde esta mañana advierto
que con asombro constante
contempláis este diamante.
MEND. Y tened, conde, por cierto
que, en gusto y valor preciosa.
no vi joya igual a ésa.
VILLAM. Me la dió la archiduquesa
Magdalena, bella esposa
del necio Cosme segundo
de Nápoles, cierto día
de aquellos en que corría

desterrado por el mundo.
Por ser noble castellano
y, como español, altivo,
me trató despreciativo
el necio napolitano,
y como mi alta hidalguía
nadie ha osado despreciar,
pues yo la hago respetar
porque es española y mía,
con una amorosa empresa
quedé del duque vengado,
que al abandonar su Estado
me entregó la archiduquesa
la joya que os maravilla,
en prueba de que en amores
son los hidalgos mejores
los hidalgos de Castilla.
¿Me la envidiáis?

MEND. No lo niego.

VILLAM. Tomadla. Vuestra la hago.

MEND. Yo no admito, conde, el pago
de lo que pierdo en el juego.

VILLAM. Suma es de poca importancia
para que al obsequio iguale,
pues ved que el obsequio vale
cuatro veces mi ganancia.

MEND. Don Juan...

VILLAM. Sólo por la ley
de la amistad os la entrego.

ISABEL. Aceptadla. Yo os lo ruego.
Tened.

OLIVA. (*Apareciendo con Vergel.*)
¡Servicio del rey!
(*A Don Luis de Haro, aparte.*)
Oíd. Con su confesor
el soberano confiesa,
y por esto le interesa
que mientras Sotomayor
no aparezca en ese umbral
y al lado del rey se encuentre,
ni aun la propia reina entre
en la cámara real.
(*Haro se separa de Olivares, que queda en pri-*

mer término hablando con Vergel. Todos los demás personajes forman curioso corro a los jugadores que tienen la partida en la galería del foro.)

OLIVA. *(Bajo a Vergel.)*
Cuida que el golpe no falle.

VERG. Lo aseguro. Al encargado
de darlo tendré apostado
en un portal de la calle
de los Boteros. Ligero
y evitando toda lucha
dará el golpe. Entre la mucha
gente que en el Mentidero
pasea, grita y comenta,
y otra que habrá prevenida
para proteger la huída,
cuando quieran darse cuenta
de que ha sido muerto el conde,
habrá el que lo haya matado
del Mentidero escapado
sin que se sepa por dónde.

OLIVA. Ten, Pedro Vergel, en cuenta
que ello ha de ser esta tarde;
el rey confiesa, cobarde,
y temo que se arrepienta.

VERG. Tened, mi señor, por cierto
que ese maldiciente altivo
saldrá del alcázar vivo
y entrará en su casa muerto.
(Se separan. Vergel hace mutis por la izquierda. Olivares va a seguirle; pero la reina, que les ha observado con disimulo, les sale al paso.)

ISABEL. ¿Al fin libre habéis dejado
a mi esposo, Don Gaspar?
Algo debe de pasar
muy grave para el Estado
cuando estivisteis los dos
una tarde, hora tras hora,
prisioneros. Y aun ahora
que ya le dejasteis vos
no acaba de salir él.
Mas decid: ¿por tan discreto
para guardar un secreto

tenéis a Pedro Vergel
cuando a escuchar acompaña
al monarca y al Valido
lo que saber no ha podido
la propia reina de España?

OLIVA. Al rey, señora, yo dejo
la ocasión de contestar.

ISABEL. Bien conocéis, Don Gaspar,
la razón con que me quejo.
Como yo a vuestra privanza
fuí desde el principio opuesta
por tenerla por funesta
para España, vos venganza
queréis tomar, y no hay hecho
ni palabra que no tenga
para vos algo que venga
del odio vuestro en provecho;
si digo por lo que digo,
si callo por lo que callo,
por todas partes os hallo
como a terrible enemigo.
Me alejasteis de mi esposo,
tenéis gente que me espía,
poco a poco, día tras día
al rey tornasteis celoso,
y a mí ya no se me oculta
que es tanta vuestra influencia
con el rey, que con paciencia
ve que a la reina se insulta
de tan continua manera,
y, del que osado me ofende,
como hombre no me defiende
y como rey lo tolera.

OLIVA. Y a mí hacéis, en el deseo
de explicar lo inexplicable,
de tantas faltas culpable,
de tales delitos reo,
¿no es así?

ISABEL. ¿Por quién me deja
el rey en este abandono?
¿Quién de mi esposo y del trono
continuamente me aleja?
¿Quién al rey prepara tantas

fiestas para sus recreos,
quién le empuja a galanteos
con famosas comediantas?
Decid, ¿quién la llama ardiente
de sus celos alimenta,
quién, hipócrita, le cuenta
lo que se inventa y se miente?
¿Quién le alienta en el recelo
que tiene hacia mi persona,
quién con sonrisa burlona
le entregó cierto pañuelo,
prenda hallada no sé dónde
y que se dijo encontrada
junto a una bolsa bordada
con un escudo de conde?
¿Quién, con intención liviana,
ha hecho nacer, poco a poco,
su odio contra ese loco
conde de Villamediana?
¿Quién piensa que la pasión
dentro de mi alma se esconde
y ya prepara del conde
la secreta perdición,
cayendo en el necio engaño,
en la idea vil y aciaga
de que daño que a él se haga
me traerá a mí mayor daño?
¿Ignoráis quién es el hombre
que tras mi esposo se oculta
y así me ofende y me insulta?
Pues bien: mis labios el nombre
de quien tamaños pesares
me trae, a deciros van:
Es Don Gaspar de Guzmán,
conde-duque de Olivares.

OLIVA. Señora, si el rey mi dueño
a algún noble su enemigo
en dar ejemplar castigo
tiene decidido empeño,
de su idea, mala o buena,
él os dará explicación;
yo cumplo mi obligación
haciendo lo que me ordena.

ISABEL. ¿Luego mis presentimientos
no me engañaban?
OLIVA. Señora...
ISABEL. A decirme vais ahora
del monarca los intentos.
OLIVA. Ved que tal cosa no dije.
ISABEL. Tarde vuestra boca niega.
Hablad. La dama lo ruega.
OLIVA. Es que...
ISABEL. La reina lo exige.
OLIVA. Hacerme romper la ley
de la obediencia tratáis.
ISABEL. Calladlo, pues.
OLIVA. ¿Dónde vais?
ISABEL. A preguntárselo al rey.
OLIVA. Trasponer la puerta ésa
no debéis.
ISABEL. ¿Por qué?
OLIVA. Señora,
porque vuestro esposo ahora
se confiesa.
ISABEL. ¿Se confiesa?
¿Tan graves delitos son
los que el monarca medita
que por ellos necesita
tan urgente confesión?
OLIVA. Ved que sin razón alguna
su confesión os espanta.
ISABEL. Basta, conde-duque; tanta
conversación me importuna.
(*El conde-duque hace una reverencia y sonriendo, satisfecho del daño que acaba de hacer, sale por la izquierda. Doña Isabel se sienta a la izquierda de la escena y murmura por lo bajo, desesperadamente.*)
¡Dios del perdón, en mi socorro llega!
¡Dios de la hermosa luz de las verdades,
Señor, con tus más claras claridades
la negra noche de mi duda riega!
Mira que mi alma se pregunta ciega:
¿Eres pecado acaso, amor que invades
con tu fuego mis tristes soledades?
¡Y mi alma afirma y el amor lo niega!

¡Dame tu luz, Señor; mira que temo,
como esta duda con tu luz no quites,
virtud llamar al fuego que me hiere!...
Díme, mi Dios, con tu saber supremo:
si es pecado el amor, ¿por qué permites
que peque amando quien amar no quiere?
(Queda pensativa. Villamediana, viendo que nadie le observa, se acerca a Doña Isabel y la dice por lo bajo.)

VILLAM. ¿Llora mi reina porque acaso ya
echa de menos al real esposo
que busca fiestas para ser dichoso
cuando la dicha a vuestro lado está?

ISABEL. ¿Y quién licencia para hablarme os da
del modo que me habláis?

VILLAM. Ser venturoso
él pretende y escapa presuroso
de toda dicha, pues de vos se va.
¡Si la ventura que él no ve pudiera
alcanzarla quien vive sin ventura
porque tan sólo junto a vos la halla...!

ISABEL. Menos enojos a la reina diera
si quien habla callase su locura,
que no ama menos el que más se calla.

VILLAM. Callar quiero y sufrir, pues la osadía
de haber puesto tan alto el pensamiento
basta por galardón del sufrimiento
sin descubrir más loca fantasía.
Sufrir quiero y callar; mas si algún día
los ojos descubrieren lo que siento,
no castiguéis en mí su atrevimiento,
que lo que mueve amor no es culpa mía.
Ni aun ellos, por mirar el propio objeto
de su felicidad, merecen pena,
que basta lo que sufren con su ausencia.
Mas ¿cómo podía amor estar secreto
dentro de un alma de esperanza ajena,
si la piedad no esfuerza su paciencia?

ISABEL. ¿Y aún me pedís piedad? Piedad os tiene
quien os escucha con paciencia, conde;
ved que al destierro no tornáis, de donde
no debisteis volver. Quien se detiene
para no desterraros y os mantiene

aún en la corte, cuando no se esconde
ese amor que al respeto no responde,
bien su piedad a demostraros viene.
La hora en que olvidéis será la hora
en que podréis hallar la dicha esa
que inútilmente la pasión reclama.
Nada esperéis de mí.

VILLAM. Nada, señora;
igual que a Cristo amó Santa Teresa,
sin esperanza, mi pasión os ama.
El que fuere dichoso será amado,
y yo en amor no quiero ser dichoso,
teniendo mi desvelo generoso
a dicha ser por vos tan desdichado.
Sólo es servir, servir sin ser premiado;
cerca está del grosero el venturoso;
seguir el bien a todos es forzoso;
yo solo sigo el bien sin ser forzado.
No he menester ventura para amaros;
amo de vos lo que de vos entiendo,
no lo que espero, porque nada espero.
Llévame el conoceros a adoraros;
servir, mas por servir, sólo pretendo;
de vos no quiero más que lo que os quiero.

ISABEL. A Dios, por vos, mi labio humilde ruega.

VILLAM. De Dios me olvido cuando a vos os llamo.

ISABEL. ¡Cuánta pena me dais!

VILLAM. ¡Cuánto yo os amo!

ISABEL. ¡Dios de la luz, en mi socorro llega!
(La reina, que ha ido cediendo, sin darse cuenta, a las amorosas palabras del conde, aterrada de mirarse vencida, dice aparte este último verso. Por la izquierda entra Doña Francisca Tabora, que avanza hacia la reina.)

FRANC. Acabando está la tarde
y no empieza la partida
que nos tiene prometida
vuestro esposo, que Dios guarde.
(Fray Antonio de Sotomayor, que ha salido por la derecha, dice al oír estas palabras.)

SOTO. En su nombre a decir llego,
Doña Francisca Tabora,
que aquí saldrá el rey ahora

para comenzar el juego.

(Los cortesanos, en la galería, juegan y gritan. Sotomayor habla con la reina. Entre los que juegan se oyen las siguientes voces.)

VOZ. ¡Ganaré!

OTRA. No sois capaz.

OTRA. ¡Estáis locos!

OTRA. ¡Juego!

OTRA. ¡Fallo!

OTRA. ¡El siete!

OTRA. ¡El rey!

OTRA. ¡El caballo!

LEONO. ¡Bien por el conde de Orgaz!

SOTO. *(A Doña Isabel.)*
Como para este bullicio
no está el rey, pide que vos
vayáis despidiendo a los
cortesanos de servicio.

ISABEL. *(A Francisca.)*
Pues de soledad avaro
está cuando esto decide,
a la Corte tú despide.
Y a mi menino el de Haro
le dirás que me precisa
hablar con él esta tarde.

VILLAM. Que Dios a la reina guarde.

ISABEL. No tengáis vos tanta prisa,
que quiero daros, Don Juan,
un encargo de importancia.

VILLAM. Decid.

ISABEL. A esta misma estancia
mis órdenes os traerán.

HARO. *(Acercándose a la reina, después de conversar un instante con Doña Francisca.)*
Las vuestras, señora, espero.

ISABEL. Seguidme, Don Luis.

HARO. Os sigo.

ISABEL. *(Llevándole aparte, mientras Villamediana habla con Fray Antonio de Sotomayor.)*
¿Sois del conde muy amigo?

HARO. Lo soy.

ISABEL. ¿Le queréis?

HARO. Le quiero.

ISABEL. A salvarle vamos, pues.
HARO. ¿De qué?
ISABEL. De algo que se trama
contra su vida y mi fama
y que no sé lo que es.
(Hacen mutis por la izquierda. Los cortesanos han ido saliendo lentamente de escena, tras de haber hablado con Doña Francisca de Tabora, que también ha salido acompañándoles. En la galería sólo ha quedado Miguel Soplillo, que duerme sobre unos almohadones. En primer término, Villamediana y Sotomayor.)
SOTO. "Puesto que solos los dos
por un momento nos vemos
y hablar en calma podemos
sin más testigos que Dios",
oíd.
VILLAM. Fray Antonio, decid.
SOTO. Antes que llegue mañana
procurad, Villamediana,
estar lejos de Madrid.
VILLAM. El consejo es elocuente;
mas un noble castellano
ni corre como un villano
ni huye como un delincuente.
SOTO. Vos tenéis por enemigo
a un poderoso señor,
y escapar fuera el mejor
remedio contra el castigo.
VILLAM. Remedio al que está muriendo
es diligencia perdida,
y no he de perder la vida
sin mostrar que la defiendo.
SOTO. "No es gran remedio el valor
contra enemigo más fuerte.
Para escapar de la muerte
buscad un medio mejor."
VILLAM. "No buscaré mejor medio;
mi estado es tan doloroso
que no es menos peligroso
morir que buscar remedio."
SOTO. "Mirad que al menor desliz,
como en Madrid os quedéis,

creedme que llegaréis
a estado más infeliz."

VILLAM. "No es poco infeliz estado
en el que yo me sentencio
a tormento de silencio
o a culpa de declarado."

SOTO. Debió teneros sujeto
al silencio la prudencia,
que os va a costar la existencia
no haber guardado el secreto.

VILLAM. Siempre el secreto guardara,
porque amor manda guardarle,
si el decirle y si el callarle
la vida no me costara.

SOTO. "Pues si habéis llorado tanto
por quien por vos no hizo igual,
dejad que os diga que mal
empleasteis vuestro llanto."

VILLAM. "Lágrimas desengañadas,
quejosas por no creídas,
pueden ser mal advertidas,
pero no mal empleadas."

SOTO. "Vuestro amor es grave ofensa
y debéis buscar, señor,
alivio contra el amor,
contra la muerte defensa."

VILLAM. "Alivio no le pretendo,
y antes vengo a persuadirme
que con el no resistirme
parece que me defiendo."

SOTO. Ved que por no defenderla
la vida tenéis perdida.

VILLAM. Justo es que quede sin vida
quien busca cómo perderla,
que aunque pudiera morir
he llegado a conocer
que ni sabré merecer
ni me podré arrepentir.

SOTO. Oíd a quien os advierte
que osasteis subir tan alto
que vais a caer de un salto
en los brazos de la muerte.

VILLAM. Y así debe mi osadía

al mismo cielo subir,
que donde es dicha morir
cualquier duda es cobardía.

SOTO. De verdad y de prudencia
está mi advertencia llena.

VILLAM. Pues sabed que a mí me suena
más a estafa que a advertencia.

SOTO. Vuestra opinión es injusta.

VILLAM. A quien tras de vos se esconde
decidle que nada al conde
de Villamediana asusta.
Y decidle también vos
que Juan de Tassis le advierte
que capaz de darme muerte
tan sólo hay uno.

SOTO. ¿Quién?

VILLAM. Dios.

(*Entra por la izquierda Don Luis de Haro. Villamediana se dirige a él.*)

SOTO. (*Aparte.*) ¿Y voy a dejar que así
corriendo a su muerte siga?
Tal vez Góngora consiga
lo que yo no conseguí.
¡Y dame, Dios, tu perdón
si acaso pecado ves
en evitar lo que es
secreto de confesión!
(*Sale por el foro.*)

VILLAM. (*Después de hablar con Haro.*)
¿Y hasta el consuelo me quita
de mirarla un solo instante?

HARO. La orden es terminante
y aquí la tenéis escrita.
Ni un requisito la falta.

VILLAM. (*Leyendo la orden de la reina que le entrega Don Luis.*)
Nuestro correo mayor,
mi submenino, el señor
Don Juan de Tassis Peralta,
conde de Villamediana,
sin excusa ni pretexto,
deberá hallarse dispuesto
a dejar Madrid mañana,

a las cinco horas de sol,
y con escolta a mi costa
saldrá corriendo la posta
del territorio español.
Y le mando a mi menino
el de Haro que no deje
al conde ni de él se aleje
hasta mirarle en camino,
bajo pretexto ninguno.
Y luego firma: Isabel.

HARO. Y termina: Dado en el
alcázar a veintiuno
de agosto.

VILLAM. Pues que no aguarde
más tiempo.

HARO. Villamediana,
¿vais a partiros mañana?

VILLAM. Voy a partir esta tarde.

HARO. ¿Cuándo?

VILLAM. Dentro de una hora.

HARO. ¿Dónde iréis?

VILLAM. ¿Qué importa dónde?

FRANC. *(Entrando por el foro.)*
¿Ya os vais del palacio, conde?

VILLAM. Me voy de España, señora.
Y como empiezo a tener
el triste presentimiento
de que tras este momento
no he de volveros a ver,
os quiero pedir perdón
confesándome culpable
de la herida que, incurable,
lleváis en el corazón,
que ahora que otra mano diestra
hirióme con su desvío,
por la del corazón mío
vengo a comprender la vuestra.
Y de vos llego a implorar
el perdón para mi culpa,
sabiendo que la disculpa
y el perdón no ha de negar
—mirando el oculto llanto
que nos iguala en dolor—

a quien pecó por amor
quien ha sabido amar tanto.

FRANC. Que de tan terribles males
curado por Dios estéis
cuando de nuevo piséis
del alcázar los umbrales.

VILLAM. Rezad, señora, por mí,
que mi alma piensa, cobarde,
que de aquí salgo esta tarde
para no volver aquí.
(Saluda a Doña Francisca y, siguiendo a Don Luis de Haro, hace dolorosamente mutis por el foro. Olivares, que ha oído las últimas palabras del conde al aparecer en la izquierda, avanza hacia Doña Francisca, sonriendo, siniestro.)

OLIVA. Y eso que la verdad ignora
que en sus palabras se encierra.

FRANC. ¿Acaso se le destierra
por siempre al conde?

OLIVA. Señora,
tan grave ha sido su yerro
que un destierro no sería
bastante; pues su osadía
con sólo un simple destierro,
no creyeran castigada
un soberano ofendido,
un ministro escarnecido
y una mujer ultrajada.
Si que yo os vengase a vos
me vinisteis a implorar,
juro que os voy a dejar
bien vengada, ¡vive Dios!

FRANC. Con que desterrado fuera
Don Juan me contentaría,
mas nada malo querría
que al conde le aconteciera.

OLIVA. Cuando el rey dicta una ley
hay que cumplirla, señora,
y salvar al conde ahora
fuera desacato al rey.

FRANC. ¿Qué queréis decir? ¿Adónde
pensáis llevar la venganza?
¿A qué castigos alcanza

la pena que dar al conde
pensáis? ¿Cuál es vuestro intento?
¿Qué mal a Don Juan acecha?
¡Ah! ¿Qué espantosa sospecha
se me viene al pensamiento?
En vuestras frases se advierte
algo que me causa espanto...
¿Qué castigo, cielo santo,
al conde aguarda?

OLIVA. La muerte.

FRANC. ¡Vedme a vuestros pies rendida,
que si tal cosa ocurriera,
cuando él la vida perdiera
yo me quedara sin vida!
¡Salvadle! ¡Mirad la pena
con que mi alma os lo implora!

OLIVA. Nada puedo hacer, señora.
Es el rey quien le condena.

FRANC. Para que su vida guarde
yo haré todo lo preciso.

OLIVA. ¿Dónde vais?

FRANC. A darle aviso.

OLIVA. Me temo que lleguéis tarde.

FRANC. ¿Qué?

OLIVA. Como el golpe le acierte
no habrá nadie que le avise,
que antes que su casa pise
ya le habrán dado la muerte.

FRANC. Pues a tiempo he de llegar.

OLIVA. Es que de aquí no saldréis.

FRANC. ¡Lo veremos!

OLIVA. ¡Lo veréis!

(Francisca quiere salir. Olivares se lo impide. Forcejean. La reina aparece en la izquierda y avanza extrañada.)

ISABEL. ¿Qué? ¡Francisca! ¡Don Gaspar!

(Al ver a la reina, Don Gaspar y Francisca suspenden la lucha y se inclinan respetuosos y turbados. La reina se dirige a Doña Francisca.)

¿Por qué el conde-duque entabla
lucha contigo?

OLIVA. Señora...
Doña Francisca Tabora...

ISABEL. Salid, conde-duque.
(*El conde-duque se inclina respetuoso y sale por el foro. La reina dice, volviéndose a Doña Francisca.*)
Habla.
FRANC. ¡Dejadme, Doña Isabel,
que corriendo vaya!
ISABEL. ¿Dónde?
FRANC. ¡A salvarle!
ISABEL. ¿A quién?
FRANC. ¡Al conde!
¡Antes de que llegue él
a su palacio, la muerte
le van, mi señora, a dar!
ISABEL. ¿Quién lo ha dicho?
FRANC. Don Gaspar.
ISABEL. ¡Pues corre y al conde advierte!
¡Yo impaciente espero aquí!
FRANC. ¡Al punto voy, mi señora!
(*Va a salir corriendo por el foro, a tiempo que entra por la derecha el rey Don Felipe IV, que la detiene diciendo.*)
FELIPE. Doña Francisca Tabora,
¿adónde corréis así?
FRANC. Señor...
ISABEL. Va a cumplir un ruego
que la hice.
FRANC. Con licencia...
FELIPE. No será de tanta urgencia
que no podáis para luego
dejarlo.
ISABEL. Torna en seguida.
FELIPE. No vayáis.
FRANC. Es un momento...
FELIPE. Basta. Tomemos asiento
y empecemos la partida.
FRANC. Señor... (*Se sientan.*)
ISABEL. (*Después de una pausa.*)
¿Tan grave pecado
habéis, señor, cometido
que, según supe, habéis sido
esta tarde confesado?
FELIPE. Es tan difícil la ciencia

de gobernar que hoy yo siento
que un hondo remordimiento
me atormenta la conciencia.

ISABEL. Dadme noticias de él
y os diré si habéis pecado.

FELIPE. Es un secreto de Estado.
Dad los naipes, Isabel.
(*Como queriendo ocultar una inquietud secreta que se hace visible en su rostro, el rey abandona la mesa y se dirige a la ventana, que abre. En este momento, y como si viniese de la calle, llega a escena el sonido misterioso y triste de la campanilla de los Hermanos del Pecado Mortal. La reina y Doña Francisca se estremecen. El rey se apoya medroso en la ventana. La reina y su dama de honor se hablan por lo bajo.*)

ISABEL. ¡Qué inquietud!

FRANC. ¡Cuánta impaciencia!

ISABEL. ¡Tengo miedo!

FRANC. ¡Me ahoga el llanto!

SOPLI. (*Despertando.*)
Buen sueño eché.

FELIPE. (*En la ventana.*) ¡Cielo santo,
acállame la conciencia!
(*Se aparta de la ventana y vuelve a la mesa. Pausa. Juegan. Soplillo se acerca a ellos.*)

ISABEL. Mal, señor, habéis jugado.

SOPLI. Don Felipillo, más calma.

VOZ. (*Dentro.*)
¡Para hacer bien por el alma
de los que están en pecado!

FELIPE. (*A quien la voz hace temblar.*)
¡Los del Pecado Mortal!
Hoy más que nunca me aterra
su voz. ¡La ventana cierra!
(*El bufón se dirige a cumplimentar la orden de su rey, a quien dice la reina.*)

ISABEL. Otra vez jugasteis mal.

VOZ. (*Más cerca.*) ¡Dadnos un solo ducado
para hacer bien por el alma
de los que están en pecado!

FELIPE. (*Tirando a los pies de Soplillo una bolsa con*

dinero.) Dales esto. Oír no puedo
esa voz que me acobarda.

SOPLI. *(Cogiendo la bolsa y saliendo por el foro.)*
Una fortuna ella guarda.
¡Buen parroquiano del miedo!

ISABEL. *(Jugando.)* El seis.

FELIPE. La sota he jugado.

FRANC. *(Por lo bajo a la reina.)*
¡No puedo más!

ISABEL. *(Lo mismo.)* ¡Por Dios, calma!

VOZ. ¡Para hacer bien por el alma
de los que están en pecado!

... ...

MUTACION

(Llega aquí, para la Historia y para el que trata de investigar en ella, un momento que los siglos, al pasar, han dejado envuelto en las tinieblas. No se sabe con certeza quién pudo ser el matador del conde; se ignora qué clase de arma empleó la mano homicida para el asesinato, y es por estas razones por las que el escritor deja el teatro a oscuras y hace que suenen las siguientes voces en la oscuridad.)

VOZ. ¡Detened vuestra carroza,
conde de Villamediana!

VOZ VI. ¿Quién va?

VOZ. ¡¡Tomad!

VOZ VI. ¡Ay de mí!

VOZ HA. ¡Al asesino!

VOZ GO. ¿Qué pasa?

VOCES. ¡Favor! ¡Favor!

VOZ VI. ¡Esto es hecho!

VOZ GO. ¡Que Dios acoja su alma!
(Y como el momento de las tinieblas históricas pasó, la luz se hace otra vez para el escenario como para la Historia.)

EPILOGO

El Mentidero de Madrid. El foro de la escena supone ser lo que hoy llamamos acera derecha de la calle Mayor. Al fondo, y como a metro y medio de altura, se ve la iglesia de San Felipe, correspondiente al convento de San Felipe el Real. Ante la puerta del templo y a todo lo largo de su muro se ve una vasta lonja o azotea, cubierta de losas de piedra y provista de una barandilla. El hueco resultante entre el piso de la lonja y la calle Mayor, que cruza en primer término la escena, lo ocupan unos cuantos compartimientos, a los que se llamaba "covachuelas". Se sube a la lonja y al templo por una escalera lateral que se ve a la izquierda, y por la derecha se pierden a la vista del espectador tanto la lonja como el edificio. Es ya de noche. Asomándose a la barandilla de la lonja y ocupando el centro de la escena, se hallan dos grupos de curiosos, formados por soldados de Flandes y de Italia, caballeros, alguaciles, estudiantes, damas, hombres y mujeres del pueblo, frailes, busconas; en una palabra, toda la clase de personajes que, según la crónica, asistían a aquel lugar a la caída de la tarde. En sus rostros se mezclan el terror y la curiosidad. Y es que en el centro de la calle está el cadáver de Villamediana, tendido, con la cabeza apoyada en una de las rodillas de Don Luis de Haro, que se inclina para verle la herida. Diego, el escudero del conde, sostiene un farol cuya luz da de lleno sobre el pálido rostro del cadáver. Un fraile agustino, acaso el mismo Fray Antonio de Sotomayor, que salió en busca de Góngora para que éste salvase la vida de Don Juan, acaba de dar la Extremaunción al conde, y en pie, frente a él, eleva en sus manos un crucifijo. Apartado de todos está Don Luis de Góngora, que, dirigiéndose al Mentidero, recita la célebre décima que se le atribuye.

GONGO. Mentidero de Madrid,
decidme, ¿quién mató al conde?
Ni se sabe ni se esconde,
sin discurso discurrid.
dicen que le mató el Cid
por ser el conde Lozano...
Dicen que le mató el Cid
La verdad del caso ha sido
que el matador fué Vellido
y el impulso soberano.

TELON